7301

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

EL MOLINERO DE SUBIZA

ZARZUELA HISTÓRICO-ROMANCESCA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS DE EGUÍLAZ

MÚSICA DE

DON CRISTÓBAL OUDRID

SEXTA EDICIÓN

MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1903

11

EL MOLINERO DE SUBIZA

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL MOLINERO DE SUBIZA

ZARZUELA HISTÓRICO-ROMANCESCA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS DE EGUILAZ

MÚSICA DE

DON CRISTÓBAL OUDRID

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA
el 21 de Diciembre de 1870

SEXTA EDICIÓN

MADRID
G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551

1903

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ CORT Y CLAUR

Tiempo há, mi querido amigo, que deseaba escribir su nombre al frente de una de mis obras, por darle así una muestra, aunque débil, del afecto que le profeso; mas dolencias físicas y morales hacen que no pueda dedicar al teatro todas las horas que querría y que mi apellido no aparezca, por lo tanto, ahora en los carteles con la frecuencia que en los años pasados. Siete van á cumplirse desde que dí comienzo á esta zarzuela, y por si Dios tiene dispuesto negarme la salud y reposo necesarios para componer otras de más valía, quiero aprovechar la ocasión que se me presenta de ver unidos su nombre y el mío en una de sus páginas primeras.

Extrañeza y no poca habrá causado á usted que yo, paladín constante del teatro nacional, que considero una de las mayores glorias de nuestra vieja España, dedique mi pluma á cultivar un género, que tanto de extranjero ha tenido hasta ahora; mas si usted analiza esta zarzuela verá que ha sido escrita con el pensamiento de purgar de extranjerismo al arte lírica española; que en balde nuestros compositores pretenderán dar á su música el carácter de nacionalidad, sin el cual no llena su objeto, si los poetas no escriben poemas inspirados en el sentimiento patrio, que hablen al público de nuestras costumbres, de nuestras ideas propias, de los altos hechos de nuestros nobles antepasados. Si nuestros inmortales romances fueron hechos para que el pueblo los cantara y el romancero es una de las joyas más ricas de la literatura nacional, esa agua pura debe beber el teatro lírico español, é inspirándose en su romanticismo, es como podrá lograr un día dar cima á la obra cuyos cimientos echó Calderón con *La púrpura de la rosa.* Así, pues, mi querido amigo, si ahora me halla en el teatro de la calle de Jovellanos, no ha de entender que soy un soldado que se pasa y que va á combatir á la sombra de extraña bandera; que allá voy enarbolando la que tan alta levantó Lope de Vega, y en la que aún se leen sin que el tiempo logre borrarlos, cinco nombres santos para los españoles: *Religión, moral, patria, libertad, honor:* y esa venerable bandera, que simboliza el espíritu español, es la misma que dió al viento Pelayo en Covadonga; la que guió

á los compañeros de Colón á la conquista de un mundo; la que enhiesta gallardeaba en Gerona y Zaragoza en medio de la matanza y el incendio.

Siendo esto cierto, y siéndolo también que nuestro pueblo muestra singular predilección por esa comedia con música, que desde siglos hace lleva el nombre español de zarzuela, nombre que recuerda su orígen nacional, á los teatros en que esa comedia se representa debe el poeta ir á buscarle para cumplir cerca de él su noble y santa misión de hacerle amar lo hermoso, y lo patriótico, y lo bueno, separándole á la vez del mal gusto y de la perversión moral que un arte extranjera ha introducido entre nosotros. Hace algunos meses intenté combatir ese arte desde lejos con mi drama *Lope de Rueda:* hoy, puesto que ha sentado sus reales en la zarzuela, voy á su propio campo á combatirle con El Molinero de Subiza. Si no logro mi objeto,—que el público me dice que si lo lograré,—habré al menos hecho cuanto en mi mano ha estado por cumplir con mi obligación.

Cuantas personas han podido ayudarme á salir airoso en mi difícil empresa, lo han hecho con un calor y un celo que nunca podré agradecerles bastante. Cristóbal Oudrid, el popular compositor, ha encontrado en su rica imaginación, para engalanar mi zarzuela, melodías aun más bellas y dramáticas que las que le inspiró *Moreto;* y su música compite ventajosamente con la mejor que hoy se produce fuera de nuestro país; Diego Luque, ha dirigido y ensayado mi obra de un modo tal, que público y prensa á una voz, han saludado en él un nuevo Grimaldi; que hace años no se veía en Madrid composición dramática puesta en escena con tanta belleza y exactitud histórica, lo cual ha contribuído tan poderosamente al éxito, que bien puede decirse que á él se debe la mitad del alcanzado; los actores todos, sin distinción de categorías han hecho en la interpretación de sus papeles más que en otra ninguna zarzuela, gracias al entusiasmo y á la fe con que han aplicado á esta su inteligencia; mis amigos los pintores la han decorado con un gusto y una poesía, que hace de algunos de sus lienzos verdaderas obras maestras, dignas de figurar en un museo; la empresa—¡cosa rara en España!—lejos de escasear recursos ha facultado al director para que la presente con propiedad y lujo sin parar mientes en el gasto que esto ocasiona, y por último los abonados y habituales concurrentes al teatro de la calle de Jovellanos, no obstante las treinta representaciones consecutivas que El Molinero de Subiza lleva á la fecha en que escribo, sin señales de que por ahora termine esta ya larga serie, no sólo no dan muestras de cansancio y hastío, sino que antes bien nos anima á todos una y otra noche con sus aplausos, dándonos á entender así que esta es la senda por donde caminar deben autores, artistas y empresarios.

El tiempo y los desengaños no han conseguido cerrar mi corazón á la gratitud; así es que al dedicar á usted esta obra; por la mucha que le debo, creo un deber en mí hacer pública la que me inspiran los que á salir airoso en mi difícil empresa me han ayudado. Pobre soldado, herido en la campaña literaria, otro medio no tengo de demostrar mi afecto; mas puesto que el camino honrado que sigo desde que por vez primera pisé un escenario me ha granjeado más cariño y consideración que merezco, piénsome que en algo correspondo á lo que debo, siguiendo hasta el fin de mi vida con la divisa que en lo mejor de ella adopté: «O triunfar con el arte española ó morir por ella en la demanda.»

Luis de Eguílaz

19 de Enero de 1871.

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS QUE HAN TOMADO PARTE EN LA OBRA
BLANCA MERGELINA.....	Srtas. Zamacois y Bernal.
GUILLÉN ROTRÓN.....	Sres. Landa y Loitia.
GONZALO.....	Sanz y Dalmau.
CONDE DON GIL.....	Caltañazor y Miró.
MELENDO.....	Loitia y Marimón.
DON PEDRO TIZÓN.....	Crespo.
MAESE LANGUSTINO.....	Escriu.
EL ABAD.....	Calvet y Edo.
PELEGRÍN CASTELLEZUELO	Marimón y Edo.
VASCO.....	Lasfuentes.
EL HERMANO GALINDO....	Zamacois y Benedí.

Villanos y villanas, molineros, pajes, escuderos, monjes, conjurados, damas, niños, romeros, consejeros, danzantes, nobles y pueblo

Cuenca de Pamplona: 1134

Esta obra ha sido dirigida y puesta en escena por **Don Diego Luque**

Las decoraciones del primero y segundo acto, han sido pintadas por *D. Antonio Bravo*; y las tres del tercero, por los *Sres. Ferri* y *Bussato*

Los trajes se han hecho bajo la dirección de *D. Lorenzo Páris* y *D. Aquilino Pérez*

ACTO PRIMERO

Paisaje ameno en las inmediaciones del castillo de don Guillén. Terreno muy quebrado de monte bajo. A la derecha el exterior de un molino movido por un riachuelo, que se precipita desde el fondo y viene á ocultarse por el proscenio de la derecha. A la izquierda del foro y sobre una colina, la fachada bizantina de un monasterio. Varios grupos de corpulentos árboles sombrean y cobijan el primer término. Multitud de veredas, todas de poca elevación, arrancan del segundo término, y después de tomar varias vueltas, van á morir, las unas por la derecha, las otras por la izquierda, y una bastante ancha en la puerta de la iglesia. De dos árboles de la izquierda pende un columpio adornado de flores.

ESCENA PRIMERA

VILLANOS, VILLANAS, MOLINEROS, después GALINDO, después PAJES, DON GIL, LANGUSTINO y MONJES

Introducción.—Música

VILLANOS, VILLANAS Y MOLINEROS

Pues el día es de fiesta y holgura,
y las viejas durmiendo estarán,
cada cual con su { novia / novio } bajito
puede un párrafo á solas echar.

611228

ELLOS ¡Ayayayay! que aunque siento fatiga
(Cada uno á la suya)
no quiere tu madre que yo te lo diga.
¡Ayayay! que escuchando mi queja
se muere de risa la pícara vieja.
¡Esto hay! ¡esto hay!
¡ayayay, ayayay, ayayay!

ELLAS ¡Ayayayay, que aunque yo bien me abraso
mi madre me dice que no te haga caso!
¡Ayayay, que mi abuela asegura
que así no me hablarás delante del cura!
¡Esto hay! ¡esto hay!
¡ayayay, ayayay, ayayay!

UNOS El columpio está esperando.
¿Quién le ocupa? ¿quién le ocupa?

TODOS ¡Menga, Menga! ¡Arriba Menga!

ELLAS ¡Tapa, tapa!

ELLOS ¡Upa, Upa!
(Bajándole las sayas á Menga, á la que suben al columpio los hombres.)

UNOS En dos cosas se parecen
el columpio y la mujer,
en que el hombre es quien los mueve
y en que el aire es su sostén.

TODOS ¡Anda pues! ¡anda pues!
¡A la una, á las dos, á las tres!

UNOS ¡Allá va!

OTROS Suelta tú.

ELLAS ¡Ay, ay!

ELLOS ¡Uuuuuuuú!

—

UNOS Cuando veo en el columpio
hembra de tal condición,
en el centro de mi cuerpo
se columpia el corazón.

TODOS Anda pues, etc.

ELLAS ¡Ayayayay, que aunque es cosa de gusto,
el verla en el aire me da mucho susto!
¡Ayayay, que aunque mal no se ha hecho,
el corazoncito me salta en el pecho!
¡Que se cae! ¡que se cae!
¡Ayayay, ayayay, ayayay!
(Tapándose los ojos.)

—

ELLOS ¡Ayayayay, que aunque bien me retiro
con el movimiento no sé lo que miro!
¡Ayayay, que aunque no lo deseo
por más que te tapes las ligas te veo!
¡Daca y trae! ¡daca y trae!
¡Ayayay, ayayay, ayayay! (Riendo.)

—

ELLAS ¡Ayayayay, que los ojos te tapo;
y si más la miras te pego un sopapo!
(Cada una al suyo poniéndose en jarras.)
ELLOS ¡Ayayay, que son estos antojos
que tienen á veces los pícaros ojos!
ELLAS ¡Esto hay! ¡esto hay!
(Dándole cada una al suyo un bofetón.)
ELLOS ¡Ayayay, ayayay, ayayay! (Al recibir el golpe.)
ELLOS Me quema, me arde,
me punza, me duele.
me aviva, me atonta,
me pica, me escuece.
ELLAS Le quema, le arde, etc.

Hablado

GAL. ¡Deo gratias!
(Apareciendo en la parte más elevada de la derecha.)
ELLAS ¡El lego! ¡el lego!
UNAS ¡Hermano Galindo!
OTRAS Hermano,
eche al columpio una mano.
GAL. ¡Yo, hermanas! ¡El hombre es fuego;
la mujer, según la copla
que tengo por indudable,
sutil estopa inflamable!
¡No, no, que vendrá el que sopla!
TODOS ¡Baje, baje!
GAL. ¿Yo en función
en que hay columpio y meneo,
y hembras en zangoloteo?
¡Jamás! ¡Huye tentación!
(Vase rápidamente santiguándose y volviendo la cara atrás. Agitación en la orquesta.)

Casi hablado

UNOS ¿Más qué es esto?
OTROS ¡Chito! ¡chito!
UNOS Viene regia comitiva.
OTROS Es el conde don Gilito.
UNO ¡Viva el conde!
TODOS ¡Viva, viva!

(Sale un pelotón de pajes corriendo y se lanza á las muchachas.)

Música

PAJES
Lo dicen los trajes,
la gala gentil:
aquí están los pajes
del conde don Gil.
(Cada uno á una mostrándole la cara.)
De fiesta venimos
haz fiestas aquí.
¡Muchacha, muchacha,
me muero por tí!

GIL ¡Tate, tate, pajecicos,
(Apareciendo en lo alto.)
no vagueis de flor en flor,
que unas mozas tan garridas
son bocado de señor! (Baja.)

TODOS ¡Viva el conde! ¡Viva el conde!

GIL ¡Vivo está, gracias á Dios! (Ya entre ellas.)

—

Con la viveza de ojos tan vivos
no hay un viviente que viva mal.
¡Vivo, muchachas! llegad al conde,
que ya depone su autoridad.
¡Quién fuera gato que entrar pudiera
por la gatera de tu portal!
Un arañazo diera á tu madre
y á tí te diera cuanto hay que dar.

—

ELLAS ¡Ay qué graciosos son estos condes
cuando deponen su autoridad!

Gracia tendría que un conde malle
en la gatera de mi portal.

VILLANOS y PAJES

Ve que hay en esto gato encerrado, (A ellas.)
y si las uñas llega á sacar,
hará, bien mío, muchas gatadas
en la gatera de tu portal.

—

(Se abren las puertas de la iglesia, y salen de ella de dos en dos los Monjes, que reciben, bajo palio señorial, al Conde don Gil. Todos se descubren y oyen con respetuoso silencio el canto de los Monjes.)

MONJES

Suba en nubes el incienso
hasta el trono del Señor,
y entre al templo el Conde invicto
de esta casa protector.

CONDE, ELLOS Y ELLAS

Vamos todos cual cristianos (Mucha unción.)
á la casa del Señor.

(Van todos entrando lentamente en la iglesia, al mismo tiempo que se extingue la música en la orquesta. Se cierra el cancel de la iglesia al penetrar el último. Mucha gravedad en este final.)

ESCENA II

GONZALO y DON PEDRO TIZÓN

Al irse cerrando las puertas del cancel de la iglesia, se abre con cierta precaución la del molino y aparece en ella Gonzalo, al mismo tiempo que sale don Pedro por la izquierda y avanza misteriosamente hacia el molino

Hablado

PEDRO Se fueron. (Saliendo.)

GONZ. Cesó el ruido.

(En la puerta del molino: baja.)

PEDRO ¡Señor!... (Queriendo hincar la rodilla.)

GONZ. ¡Eso no! ¡A mis brazos!

PEDRO Pensé no volver á verte.

GONZ. Un ángel por mí ha velado.
PEDRO ¿Tu herida?...
GONZ. Está ya curada.
PEDRO ¿Tus fuerzas?...
GONZ. Dame un caballo
y una lanza, y dime dónde
se lidia por los navarros
PEDRO Como quien eres contestas;
pero habla, señor, más bajo.
GONZ. ¿Qué temes?
PEDRO Todo lo temo.
Tres corceles reventando
llego de Monzón ahora,
donde en Cortes se han juntado
los de Aragón sin nosotros;
y creyéndonos esclavos,
sin consultar nuestro gusto,
nos han elegido un amo.
GONZ. ¡Por San Fermín!...
PEDRO No te irites;
que aun por él pendón no ha alzado
ciudad ni villa en Navarra,
ni viviendo tú ha de alzarlo.
GONZ. ¿Quién es el rey que se dan
los de Aragón? (Con calma.)
PEDRO Un menguado,
que cuando cabalga y lleva
lanza y escudo en las manos,
coger suele con los dientes
las riendas de su caballo.
GONZ. ¿Luego no es Pedro Atarés?
PEDRO No pica Aragón tan alto.
Alfonso el Batallador
dejó, señor, un hermano
monje en Saint Pons de Narbona
que don Ramiro es nombrado.
¡A éste en Monzón por rey alzan
ricos-homes y prelados!
GONZ. ¿Y Pedro Atarés lo sufre?
PEDRO Aun lo ignora. Confiando
en que será el elegido,
de Monzón hase alejado,
y con nuevas que le llegan
de que aquí te aclama un bando,

de Borja á aquí se encamina
con buen golpe de soldados.

GONZ. ¿Y qué hacer debo?

PEDRO Alejarte.
Por si ese riesgo cercano
aun fuera poco, ahora mismo
de esa abadía en los claustros,
—confundidos con la plebe,
que de pueblos comarcanos
hoy viene aquí en romería,—
más de cien nobles navarros
van á juntarse. Atarés
tiene entre ellos partidarios;
y es sino en los de tu raza
el morir asesinados.

GONZ. Pedro Tizón: el que vive
en continuo sobresalto
temiendo hasta de su sombra,
proscripto, errante, y mirando
en cada hombre un asesino,
y un puñal en cada mano;
el que sin hogar ni patria
pasar ve sus tristes años,
escondiendo como un crimen
el nombre augusto y preclaro
—que cien varones insignes
por herencia le dejaren,—
estima en poco una vida,
que le dieron por su daño.
Llévame tú ante esos nobles;
que mi voz en esos claustros,
donde duermen en sus tumbas
mis regios antepasados,
truene, y despierte á quien yace
en vergonzoso letargo...
y si el triunfo no corona
nuestro pendón en el campo,
morir podré como bueno
á su sombra peleando.

PEDRO Yo te llevaré al combate,
y presto. Pero entre tanto
hasta para el más amigo
sigue siendo don Gonzalo.
—Mira: sólo la sospecha

de que siguiera tu bando,
al noble Guillén Rotrón
ha hecho perder sus estados.
Si á él,—tu más leal apoyo
y tu más fiel partidario,—
le dijésemos quién eres,
el mismo respeto acaso
conque tratarte querría,
revelara á los contrarios
que estás aquí, consiguiendo,
—pues que aun hoy vencer no es dado,—
nuestra pérdida y tu muerte
y la de ese noble anciano.

GONZ. ¡Vé, pues, y sostén mi causa
ante esos buenos hidalgos!

PEDRO Que al salir te encuentre pronto
á montar en tu caballo,
y á partir de aquí conmigo
tras un triunfo no lejano.

GONZ. ¡Dios, amigo fiel, te escuche!

PEDRO ¡Dios, señor, me está escuchando!
(Don Pedro se dirige á la iglesia y Gonzalo se queda pensativo.)

GONZ. ¡Partir! ¡y partir sin verla!
Sin decirle «¡adiós!» ¡Ah! ¡Vasco! (Viéndole.)

ESCENA III

GONZALO y VASCO

VASCO Vasco, que en tu busca viene.

GONZ. Dios te trae.

VASCO ¡Dame albricias!
La que con tierno desvelo
ha curado tus heridas,
esa mujer misteriosa
que huir parece tu vista
desde que estás sano y salvo,
viene hoy aquí cual sólía.

GONZ. ¿La has visto?

VASCO Al cruzar el valle.

GONZ. Vamos, pues, á recibirla.

VASCO Don Gonzalo: cuando herido (Deteniéndolo.)
por una lanza enemiga
á ese molino te traje,
—pues que llegar no podías
sin morir hasta el castillo,—
á don Guillén con mi vida
respondí, de que seguro
hasta su vuelta estarías.

GONZ. Por mozo de tu molino
paso en toda la campiña,
y basta seguro á darme
el disfraz que llevo encima.

VASCO Basta en un día cualquiera;
¡pero hoy no es cualquiera día!

GONZ. ¿Tienes miedo á los villanos
de esas aldeas vecinas
que á la procesión acuden?

VASCO ¡Ni á esos, ni á la corte misma
de Lucifer! Pero entre ellos
se han visto caras sombrías,
de esas que nunca aparecen
si no hay gresca y sarracina,
y si eso no basta, sabe
que ahora ha brillado á mi vista
debajo de un pobre sayo
¡una cota granadina!

GONZ. Entonces para ella hay riesgo,
y yo debo...

VASCO ¡No peligra
en el valle una pastora
de los montes de Subiza!

GONZ. Vasco, no dan estos montes
tal despejo y bizarría,
ni el sol quema rostros tales,
ni tal pié breñales pisa.
¡Tanto sabe ella de ovejas
como sé yo de maquilas!

VASCO (Con sobresalto.)
¿Has averiguado acaso?...

GONZ. Nada. (Con sencillez.)

VASCO Ella aquí se avecina,
y te dejo.

GONZ. Dios te guarde.

VASCO (¡Ya sospecha!) Dios te asista. (Vase.)

GONZ. ¡Voy á verla! ¡Por la Virgen,
que estoy temblando!—Esta encina
me oculte, hasta que sereno
mostrarme pueda á esa niña.

ESCENA IV

GONZALO, BLANCA

Música

BLANCA Una niña se fué al molino,
que su madre se lo mandó:
como amor era allí molinero,
en harina metida quedó.
«La molienda es hoy;
al molino vé.»
¡Ay, madre! si voy
me enharinaré.

—

GONZ (Que ha ido acercándose.)
¿Gallarda pastora?
BLANCA Dios guarde al zagal.
GONZ. Mis ojos sedientos
beber pueden ya.
BLANCA Apártese un poco.
GONZ. De tí nunca más.
BLANCA Señor molinero,
escuche un cantar.

—

Una niña se fué al molino,
al molino que puso el amor;
más que trigo llevaba esperanzas
y en harina trocadas las vió.
«Ya pan no nos queda,
al molino vé.»
¡Ay, madre! la rueda
va á cogerme el pie.

—

GONZ. De tan dulce encanto
déjame gozar
BLANCA Si se acerca tanto
me va á enharinar.

—

GONZ. Rosa de Abril,
cándida flor,
ven, niña gentil,
á calmar mi ardor.
Fuego voraz
quema mi sien,
ven, ángel de paz,
ven, mi niña, ven.

—

BLANCA Si ante su ardor
me hago de miel,
con todo su amor
mosca será él.
Torno al redil;
hágase allá;
que aunque es tan gentil,
me enharinará.

—

GONZ. (Queriéndola abrazar y yendo tras ella.)
Ven, niña divina,
mi pena á calmar.
BLANCA Metida en harina
no quiero quedar.

—

GONZ. Solo una mano
BLANCA Guardo las dos.
GONZ. ¿A que la tomo?
BLANCA ¿El? A que no.
GONZ. ¿Por qué?
BLANCA Me riñen.
GONZ. ¿Quién? ¡Por favor!
BLANCA El cura.
GONZ. ¿Cómo?
BLANCA En el sermón.
GONZ. Dame los brazos.

BLANCA ¡Líbreme Dios!
GONZ. Por tí me abraso.
BLANCA (Riendo.) ¡Agua, señor!
Dese en la azuda
un chapuzón.
GONZ. ¡Eres de nieve!
BLANCA (Sentida.) ¿De nieve yo?
Anda por dentro
la procesión.
GONZ. Pues voy.
BLANCA Pues corro.
GONZ. Cede á mi amor.
BLANCA ¿Cómo?
GONZ. Abrazándome.
BLANCA ¿Sí?..
GONZ. ¡Sí!
BLANCA ¡No, no!

—

GONZ. Quedas las manos,
te escucho ya.
BLANCA Esa es harina
de otro costal.

—

Nunca teme una niña al molino
cuando la piedra no ha echado á andar,
que el rum rum... que en el agua mueve
es lo que siempre miedo nos da.

—

GONZ. Nunca temas, pastora, al molino
cuando la piedra ha echado á andar,
que el rum rum que en el agua mueve
es rüido solo, rüido no más.

(Al terminar la música parará el molino, si el maestro ha tenido por conveniente utilizar el ruído del agua en el acompañamiento de la cavaleta.)

Hablado

GONZ. (Formalizándose.)
Herido de tres lanzadas,
por las cuales ya del cuerpo
el alma se me salía,
de la guerra me trajeron.
Con yerbas que tú conoces,
salud y vida me has vuelto;
aunque pienso que á tus ojos
más que á tus yerbas les debo.
Si aun más amante vinieras
que te finge mi deseo,
nada que temer tendrías
del amor que arde en mi pecho,
que ángel eres de mi guarda,
y por ángel te respeto.

BLANCA Ya sé de quién me confío;
y sé que eres caballero;
y que lidiando en la guerra
esas lanzadas te dieron.
Sé que te llamas Gonzalo,
y que vives encubierto,
porque los pendones sigues
de Guillén Rotrón el Pértico.
Y porque sé tu nobleza
y el mucho amor que te debo,
dando de mano á las burlas,
una merced tuya espero.

GONZ. Si no mandas que te olvide,
cuanto mandes ten por hecho.

BLANCA Gonzalo, á cumplir un voto
venir debe al monasterio
dentro de un poco una dama,
y que no la mires quiero.

GONZ. Turbio correrá el arroyo
en que al peinar tus cabellos
sueles mirarte la cara,
si tienes de nadie celos.

BLANCA ¿Me otorgas lo que te pido?

GONZ. Sí otorgo; y en prenda de ello
ten mi mano.

BLANCA Esta es la mía.

GONZ. ¿Cómo enciende en mí tal fuego
siendo una pella de nieve?
BLANCA ¿Se enciende? Suéltela presto,
y cuenta no la derrita,
que esa y otra no más tengo.
GONZ. Dí, pastora, ¿esta sortija
hátela puesto en el dedo
esa dama que dijiste?
BLANCA (¡Olvidela!)—No por cierto.
GONZ. ¿Será que las de este valle
usen ir al pastoreo
con sortijas blasonadas?
BLANCA ¡Curioso está el molinero!
¿Te he dado yo queja alguna
porque me hayas encubierto
que te llamas don Gonzalo
y que eres un caballero?
GONZ. ¿Y si yo partir debiera
á correr peligros nuevos,
de saber á quien adoro
llevar no podré el consuelo?
BLANCA ¡Quieres... á quien bien te paga;
y entra en el molino luego,
que decirte más quisiera
y más decirte no puedo!
GONZ. ¿Juras no olvidarme nunca?
BLANCA ¡Antes muerte me dé el cielo!
GONZ. ¡Ay, mi gallarda pastora!
BLANCA ¡Ay, mi gentil molinero!

ESCENA V

BLANCA, VASCO

VASCO ¿Señora?... (Sale apresuradamente.)
BLANCA ¡Vasco!
VASCO Tu padre (Bajo todo.)
con sus lanzas y flecheros
casi llega ya al castillo.
BLANCA ¿Quién te lo ha dicho?
VASCO Melendo.
BLANCA ¡Ha vencido!
VASCO ¡No ha vencido!

Ese castillo roquero
es lo sólo que le queda;
y si supiera, tras de esto,
que su hija anda con disfraces
enamorando á un mancebo,
¡ó se muriera de honrado
ó matárate de fiero!

BLANCA ¡Basta, y á quien hablas mira!
(Cambio completo.)
A quien cayó combatiendo
bajo el pendón de mi padre
por su rey y por su pueblo,
á curar aquí he venido;
y aun porque el nombre que llevo
no empañara lengua infame,
oculto quiero tenerlo.
(Salen de la iglesia don Gil y Langustino.)
—Para guardar su castillo
dejó mi padre escuderos;
¡mi honor, lo guardo yo misma!

VASCO ¿Señora?... (Con mucha sumisión.)

BLANCA (Con sequedad.) Sígueme al pueblo,
donde mientras traje mudo
llegarán las de mi séquito.

VASCO (¡Altiva como su padre!)
Señora...

BLANCA ¡Basta!

GIL ¡Qué veo!

ESCENA VI

DICHOS, DON GIL, LANGUSTINO

GIL (Saliéndole al encuentro y con asombro.)
¿La hija de Guillén Rotrón
vestida á lo villanesco?

BLANCA (¡El Conde!)

VASCO (¡Estamos perdidos!)

BLANCA ¡Conde, si eres caballero
nadie por tu boca sepa
cómo me has visto!

GIL ¿Misterios?...
¡Ah! ¡Sandio de mí! ¡Sabías

que estaba yo en ese templo,
y has venido disfrazada
mi huella amante siguiendo!
Vé en paz, que en estos asuntos
yo siempre he sido discreto.

BLANCA En tu palabra fiada,
buen conde, de aquí me alejo,
que está mi padre de vuelta,
y que así me encuentre temo.

GIL ¡Grata esperanza me dejas!

BLANCA ¡Dulces son las que me llevo!

GIL ¿Volverás?

BLANCA ¿Ves cómo viene
raudo y turbio el arroyuelo
á ese molino atraído
por verse en espuma vuelto?...
Así, cuando de él me aparto
á él atraida me siento,
que en el umbral de su puerta,
de afán loca, saltar veo
en nívea espuma trocados
mis más negros pensamientos. (Vase.)

GIL (Compasivamente al verla marchar.)
¡Lo que puede una pasión
cuando se arraiga en un pecho!

ESCENA VII

DON GIL y LANGUSTINO

GIL ¡Hola! ¡mi cronista! (Llamando.)

LANG. ¿Conde?...

GIL ¡A mí, maese Langustino!
¿Habeis visto y escuchado?

LANG. Todo lo he escuchado y visto.

GIL ¡Cómo la encendí en amores!

LANG. El cómo... yo no lo atino.

GIL ¡Mas que está ciega es seguro!

LANG. Si está ciega... ¡me lo explico!

GIL Para escribir mis hazañas
entrasteis á mi servicio.
Si habéis de escribirlas todas,

ya que hacer os ha caído.
—¿Adónde llegáis?

LANG. Ahora
doy comienzo al cuarto libro.

GIL ¿Qué trata?...

LANG. De la lactancia
del conde don Gil invicto.

GIL ¿Hoy el lactarse es hazaña?

LANG. ¡Distingo, señor! ¡distingo!

GIL ¿Qué?—Yo nada.
(Después de mirar á todas partes, poniéndose una mano sobre los ojos como para recoger la vista.)

LANG. Decir quise
hago distinción.—El título
de hazaña bien no cuadrara
al infantil lacticinio
tratándose de un villano
ó de un obscuro hidalguillo,
pero en un señor cual vos,
cada paso es un prodigio.

GIL ¡Cada paso!
(Dando algunos con cierta importancia.)

LANG. Esa pastora
nos da buen ejemplo vivo.

GIL ¡Cá! no es pastora.—Es la hija
del señor de aquel castillo,
que conde fuera de Alperche
á no haberlo ahora perdido;
dama que reyes desdeña
sólo por mí.—Esto os lo digo
en secreto, para que
con reserva y con sigilo
lo escribáis así en mi crónica,
y, una vez en ella escrito,
llegue á noticia de todos.

LANG. Pues llegará.

GIL En vos confío.
No quiero, ni es regular,
que cuando pasen diez siglos
se den de calabazadas
los cronistas y eruditos
para averiguar mis hechos.
—¿No opináis así?

LANG. Así opino.

Mas ved que el toque de nona
no tardará; y á este sitio
venir deben los más nobles
á alzar rey.

GIL ¡Ya me apercibo!

LANG. Urge, pues, que os decidáis
por un bando.

GIL ¡Ya lo sigo!
Cuando la guerra amenaza
y está la patria en peligro,
todo el que es prudente debe
dejar el suelo nativo
y no volver, hasta tanto
que todo se halle tranquilo,
á ocupar el alto puesto
que merecen sus servicios.

LANG. Ya llegan.

GIL Pues apartaos
tomando un porte humildísimo,
mientras que yo me paseo
con un continente digno,
que acaso, si buscan méritos,
sea yo el rey elegido.

(Toque de nona. Coro de Monjes en la iglesia, y de conjurados fuera, que van apareciendo después por todas partes, atraídos por las campanas. Don Pedro y otros salen del templo.)

ESCENA VIII

DON GIL, LANGUSTINO, DON PEDRO TIZÓN, CASTELLEZUELO, CABALLEROS, CONJURADOS, después DON GUILLÉN y MELENDO

Música

MONJES (Salmo. Dentro de la iglesia.)
Por todas partes, Señor,
mis enemigos me cercan,
y con su poder, altivos,
aun insultan mi flaqueza.

—

CONJURADOS (Dentro.)
La campana, navarro, ha sonado;
ni te llama ella, ni te llamo yo;
(Van saliendo.)
que te llama la patria oprimida,
que pide á sus hijos el ser que les dió.
(Los conjurados, que han ido saliendo paulatinamente uno á uno y por muy distintos sitios, coronan por completo la escena, ocupando todas las alturas. Don Pedro Tizón sale de la iglesia seguido de unos cuantos caballeros.)

—

GIL
No miran. ¿Cómo logro
llamarles la atención?
Un rostro pondré fiero
que muestre mi valor.

—

La campana, por fin, ha sonado:
ni los llama ella, ni los llamo yo,
que los llama la patria oprimida
pidiéndoles votos para este infanzón.

—

CORO
La campana, navarro, ha sonado:
ni te llama ella, ni te llamo yo,
que te llama la patria oprimida
que pide á sus hijos el ser que les dió.

—

MONJES (Salmo)
Por todas partes, Señor,
mis enemigos me cercan,
y con su poder, altivos,
aun insultan mi flaqueza.
(Va extinguiéndose la música poco á poco en la orquesta)

Hablado

PEDRO (Desde una altura, en el centro)
Navarros, la patria á voces nos llama,
y él no desoirla de noble es ley:

el tiempo es venido, varones de fama,
que aquí, según fuero, alcemos un rey.
Hidalgos y condes de prez infinita,
ninguno ha olvidado la cita que dí.
Tan sólo el de Alperche no acude á mi cita.
Rotrón falta sólo.

(Rotrón se abre paso por entre un grupo de conjurados, y avanza hasta el centro seguido de Melendo.)

GUILLÉN ¡Rotrón está aquí!

(Movimiento general.)

Yo soy aquel conde, de Alperche llamado,
que en lides sin cuento probó su valor.
Perdidas mis gentes, perdido el condado,
tan sólo me restan mi espada y mi honor.
No más necesita mi noble ardimiento
si se alza Navarra valiente y leal.
La silla de un potro fué siempre mi asiento
¡y nunca he querido más blando sitial!
Yo solo, ha dos lunas, sustento la guerra,
alzando el insigne navarro pendón.
La voz de la patria me llama á mi tierra.
¿Qué quiere Navarra? ¡Aquí está Rotrón!

PEDRO ¡Guillén! con bien vengas: que aquí tu voz [vibre,
llevando á los pechos tu aliento y tu fe.

GUILLÉN ¿Qué quiere Navarra?

PEDRO (Rápido.) Pretende ser libre.

GUILLÉN ¡Quererlo ya es serlo! Quien quiso lo fué.
Si es mengua que demos la sangre en abono
de un pueblo que intenta llevarnos en pos,
con hierros de lanza hagamos un trono
y un rey aclamemos en nombre de Dios.

TODOS ¡Sí!

(Guillén entrega la pértiga al paje que le trae el casco.)

GUILLÉN Sancho, el rey bueno, postrer soberano
que tuvo corona navarra en la sien,
á manos de un fiero Caín inhumano
murió despeñado allá en Peñalén.
Los nobles en odio al vil fratricida,
al trono elevaron un rey de Aragón,
jurando que mano de sangre teñida
el cetro no empuñe ni el regio pendón.
Vacía por muerte de Alfonso primero

de entrambos imperios la silla real,
Monzón en sus Cortes aclama heredero
al monje Ramiro su hermano carnal.
Mi patria entre tanto su seno desgarra
con bandos que agotan su fuerza y valor,
y corre á torrentes la sangre navarra,
y todo es matanza, y estrago, y horror.
Un conde á otro conde declara la guerra;
un pueblo á otro pueblo pretende vencer;
¡y en tanto el arado no surca la tierra
ni puede un rebaño la yerba pacer!
¡Navarra es el perro que gime y ahulla
la muerte llamando con lúgubre son!
En trance tan duro, ¿podrá *el rey cogulla*
con salmos librarla de tanta aflicción?
Si de este consejo los tímidos fallos
al monje llevaran á tal dignidad,
¡no un rey aclamemos cual nobles vasallos,
hagámonos frailes y alcemos abad!
(Con indignación.)

GIL (Adelantándose con cierta compostura.)
Un rey aquí es fuerza de porte guerrero,
y mozo y navarro de buen parecer.

CAST. ¡Un rey que se vista cogulla de acero!

MEL. ¡Un rey que en la guerra nos sepa vencer!

GUILLEN Un nieto hay de Sancho, el gran soberano,
García Ramírez, valiente infanzón,
(Movimiento general.)
que al par es el nieto del Cid castellano!
(General asentimiento.)
¡A mí, buen Melendo! ¡Aquí mi pendón!
(Lo toma con arrebato.)

PEDRO ¡Alcémosle al punto!
(Momento de febril entusiasmo.)

TODOS ¡Sí, sí!

GIL ¡Deteneos!
Si tal rey alzamos, ¿Castilla que hará,
cuando hoy de inquietarnos se abrasa en [deseos?

GUILLEN Infanta allí tienen, con él casará.
Si el rey de Castilla, al solio elevado
por medio tan fácil, ve su hija subir,
en vez de enemigo será un aliado.

PEDRO Yo á Burgos hoy parto la infanta á pedir.

GIL Detente, don Pedro, y escucha á este conde
que lleva á la guerra mil lanzas en pos.
¿Por qué don García si es bravo se esconde?
¿Le ha visto la cara alguno de nos?

CAST. Yo solo le he visto; que yo le he criado
en tierras lejanas sin pompa real.
Su vida es la vida de un pueblo angustiado,
y así la preservo de infame puñal.

PEDRO Que acabe esta lucha cobarde y sombría;
que alumbren la guerra los rayos del sol;
y entonces veremos si escondo á García,
y si hay más valiente mancebo español.

GUILLEN Allá en Zaragoza calcéme la espuela
clavando en sus muros la cruz celestial;
mi nombre está escrito con sangre en Tudela
¡y en Fraga! ¡y en Leire! ¡y aquí otro que tal!
¡Jamás á García le he visto la cara!
más sé cuyo es hijo, y soy hombre fiel.
¡Si ya no es bastante su alcurnia preclara,
yo, conde de Alperche, respondo por él!

CAST. Sea. (Y con ellos su gente.)

MEL. Sea. (Idem.)

PEDRO ¡Sea! (Idem.)

GIL Le haré pleitesía
si ciertas mercedes me otorga Rotrón.

GUILLEN Ya están otorgadas.

GIL (Muy gozoso á Langustino.)
(¡Pues Blanca ya es mía!)

PEDRO ¡Al aire el acero!
(Desenvainando el suyo. Todos lo imitan rápidamente. Orquesta.)

GUILLEN Aún no es ocasión.
(Lanzándose fuera de sí al centro de la escena, procurando apagar con su voz y acción el entusiasmo imprudente de los conjurados. Voz apagada pero muy enérgica. La orquesta ha atacado en el momento en que desenvainaron los montantes.)

Música

GUILLEN Silencio, recato,
misterio, prudencia;
la calma es la ciencia
que lleva á triunfar.

Envuelto en la sombra
y el hierro en la mano
cada uno á su hermano
enseñe á esperar...
Y cuando los montes con eco sentido
repitan de patria la mágica voz
que todo navarro cual tigre escondido
se lance á la prcsa sangriento y veloz.

—

GIL

El lance se pone
con tanto misterio
un poco más serio
que pude pensar.
Ya huelo, maese, (A Langustino.)
la atroz chamusquina,
y tal tremolina
aquí se va á armar,
que cuando los montes con eco sentido
repitan los aires con bélico son,
al pobre navarro que no esté escondido
no deja costilla entera Aragón.

—

PEDRO y CORO

Silencio, recato,
misterio, prudencia,
la calma es la ciencia
que lleva á triunfar.
Envuelto en la sombra
y el hierro en la mano
cada uno á su hermano
enseñe á esperar...
Y cuando los montes con eco sentido
repitan de patria la mágica voz,
que todo navarro cual tigre escondido
se lance á la presa sangriento y veloz.

—

PEDRO — A aguzar callando el hierro.
MEL. — A su puesto cada cual.
GIL — (A pensar cómo salimos
de este atroz berengenal.) (A Langustino.)

—

GUILLEN ¡Tened, esperad!
que en este terrible, solemne momento
de unión juramento
es fuerza prestar.

CORO Hablad, hablad.

—

GUILLEN ¿Jurais, nobles hermanos,
la santa unión guardar
(Extendiendo su espada.)
hasta que alegre viva
Navarra en libertad?

—

PEDRO y CORO Cruzando los aceros
(Todos cruzando sus aceros con el de don Guillen.)
la unión juro guardar
que vuelve á nuestra patria
su santa libertad.
(Durante este final algunos conjurados clavan con sus puñales unos pergaminos en los troncos de los árboles sin ser vistos de los demás.)

GUILLEN, PEDRO y CORO ¡Ah!...
(Repite don Guillen con el coro toda la cavaleta)
Como los granos de la granada
unidos siempre nos hallarán,
y Dios maldiga al vil perjuro
que rompa el vínculo de la hermandad.

—

(Al acabar el juramento se abrazan de dos en dos y el «¡Ah!« lo dicen ya divididos en grupos. Al terminar el canto anterior se van diseminando y desapareciendo lentamente cantando muy piano la primera parte de esta pieza, mientras que don Pedro y Guillén dicen los primeros versos de la escena siguiente)

CORO Silencio, recato,
misterio, prudencia,
la calma es la ciencia, etc. (Desaparecen.)

ESCENA IX

DON GUILLEN, DON PEDRO, DON GIL, LANGUSTINO, MELENDO, después GONZALO

Hablado

PEDRO Guillen, yo parto á Castilla.
Tú serás presto atacado
por Pedro Atarés, que viene
hueste inmensa acaudillando.
Coáligate con el conde,
y aquí resiste hasta tanto
que yo de vuelta, á Pamplona
despierte de su letargo
y venga en tu auxilio.

GUILLEN Parte.
(Don Pedro estrecha de nuevo la mano á don Guillen, y se dirige al molino, á cuya puerta llama con precaución, don Guillén se dirige á don Gil secamente.)
—Conde, dí que te he otorgado.
(Melendo se va á una seña de Guillén.)

GIL Tu hija Blanca Mergelina.

GUILLEN ¿Qué dices? (Fuera de sí pero dominándose.)

PEDRO Vamos, Gonzalo.
(Viéndolo aparecer en la puerta del molino.)

GONZ. Antes ver á Rotrón quiero.

PEDRO En el robledal te aguardo.
(Vase sin descender al primer término.)

ESCENA X

DON GUILLEN, DON GIL, LANGUSTINO, después GONZALO

GUILLEN Conde, hoy empaña un azar
de mi noble casa el brillo;
pero aun me queda un castillo
y pienso que algún lugar.
Por mi rey cuanto tenía
he perdido en la pelea.

¿Quieres castillo y aldea
y aclamas rey á García?

GIL Guillén... respuesta me das
que con quien soy mal se aviene.
Quien tantos castillos tiene,
¿qué horá de un castillo más?

(Langustino habrá colocado una gran cartera sobre una piedra, y sentándose en otra escribe en unas hojas sueltas de pergamino con un pincel ó estilete que moja en un botecito que trae pendiente del cuello.)

GUILLEN ¿Es decir?...

GIL Que voy creyendo
que ó de mi paciencia abusas
ó la propuesta rehusas
con que yo ¡honrarte! pretendo.

GUILLEN ¡No es eso! Si á otra ocasión
venido tu oferta hubiera...

(Reprimiéndose después de un movimiento de cólera,)

acaso la recibiera
con gozo y satisfacción.
Pero—yo, que en la hija mía
todo mi orgullo cifraba—
cuando en casarla pensaba
á mis solas me decía:
«el que se enlace con ella,
»por ella, señor será
»de Tudela y su Alvará,
»de Cintruénigo y Corella »
Y hasta que esos pueblos cobre,
—aunque á Blanca sacrifico—
no quiero á infanzón tan rico
dar una hidalga tan pobre.

GIL Mi pecho condal y fiero
franqueza tanta agradece.
Sé que Blanca no merece
mujer ser de Gil tercero.
Pero aun siendo esto verdad,
y aunque más me correspond ,
alguna vez debe un conde
hacer una heroicidad.
¡Yo me caso! La alianza
hecha está por consiguiente.
Yo pongo dinero y gente,
y tú tu brazo y tu lanza.

Recobramos tu ciudad,
y cuanto perdiste ciego,
y como parientes luego
lo partimos por mitad.
Así no hay pleitos impíos
que zanjar tras la victoria.
¡Tú te quedas con la gloria!
y yo... con los señoríos.
¿Te acomoda?

(Gonzalo ha entrado por un momento en el molino y sale después con su espada y su tabardo, y escucha desde el fondo.)

GUILLEN Yo. .
GIL Sin mí,
sin mis lanzas y peones,
nada hareis los infanzones
que en consejo he visto aquí.
Más gentes puedo yo alzar
que todos vosotros juntos.
—Medita bien estos puntos
y comienza á contestar.
GUILLEN Yo pienso que es justa ley
en quien tiene tus blasones,
lidiar sin más condiciones
por su patria y por su rey.
GIL No es la patria quien convida
á don Gil con tal empresa.
Lo que á la patria interesa,
es que no arriesgue mi vida.
—En cuanto á ese rey, que aquí,
llevan, merced á tu abono,
desde un escondrijo al trono,
dime de tí para mí:
¿No hallas alguno mejor
y que alzar más os importe,
por su sangre, y por su porte,
y su hacienda, y su valor?
¡Pues varones hay aquí
muy más dignos de ese puesto!
y... sabes que soy modesto
y no lo digo por mí.
GUILLEN Su bravura está probada,
y aquí es real su persona
y sangre del Cid la abona

GIL Mas su madre fué azotada;
y con muertos no atestiguo,
que en Burgos hay quien oyó
que no sin causa.

GONZ. (Colocándose entre los dos fuera de sí.)
¡Eso no!
¡por el santo rito antiguo!
Del rey habla á tu placer
bien ó mal, como te cuadre;
mas si tocas á su madre
¡con él te las has de haber!

GUILLEN ¡Gonzalo!

GONZ. (Reponiéndose.) El rey no te oyó,
que está lejos don García.
¡Mas lo que el rey sostendría
por él lo sostengo yo!

GIL Mozo, el que escupe á los cielos
se mancha aunque bien se ingenie.
Procúrate una progenie
de cuatrocientos abuelos,
y eso tal vez será parte,
si su nobleza es cumplida,
á que don Gil se decida
á vencerte y á matarte. (Yéndose.)

GONZ. ¡Vive Dios!...

GUILLEN Gonzalo, ten.

GIL (Desde el fondo.)
Emplazado estás, garzón.
—Maese, á la procesión.
—Lo dicho, dicho, Guillén.
(Se entra en la iglesia seguido de Laugustino.)

ESCENA XI

DON GUILLEN, GONZALO

GONZ. ¡Voy tras él!

GUILLEN ¡No harás!

GONZ. Sí haré.

GUILLEN ¡A Navarra darás muerte!

GONZ. ¿Qué dices?

GUILLEN Que nuestra suerte
está en sus manos.

GONZ. ¿Por qué?
GUILLEN Porque yo vengo vencido,
aunque alta llevo la frente,
y lo mejor de mi gente
dejo en el campo tendido.
Porque las huestes y haciendas
de cuantos tengo á mi lado
destrozadas han quedado
en las civiles contiendas;
y él, que en el marcial alarde
es el solo que la espada
ha conservado envainada
de prudente ó ¡de cobarde!
con su inmensa hueste entera
el triunfo en espacio breve
dará al bando adonde lleve
su pendón y su caldera.
GONZ. Nada más diré, Rotrón,
y aun pienso que dije harto.
—Dame tu mano, que parto
á Castilla con Tizón.
GUILLEN ¡Tú! ¿Me vas solo á dejar
cuando el riesgo se avecina?
GONZ. ¿Cómo?
GUILLEN Sube á esa colina,
y una hora no ha de pasar
sin que del sol los reflejos
te hagan ver en cuanto alcanzas
el mar movible de lanzas
que ya se encrespa á lo lejos.
GONZ. ¡Don Gil te vendrá á auxiliar!
GUILLEN Pone para que así sea
condición ¡de tal ralea!
que no es fácil de aceptar.
GONZ. ¡Tu hacienda diste y tu grey
porque García nos rija!
GUILLEN Es que ahora pide á mi hija,
¡y esa vale más que el rey!
—Si tú á Blanca conocieras;
(Conmovido)
si una sola vez la hablaras...
mi cariño respetaras
y á ese necio no la dieras.
GONZ. ¡Dársela el deber te impone!

GUILLEN ¡Falto al deber!
GONZ. De ese modo
¿eres tú el hombre, que todo
á su patria lo pospone?
¿Eres tú, Guillén Rotrón,
del navarro honor corona,
aquel que tanto blasona
de lealtad y decisión?
¡Tú, Guillén, por tu interés,
fomentando disensiones,
el yugo á Navarra pones
que forja el aragonés!
GUILLEN ¡Calla!...

ESCENA XII

DICHOS. MELENDO, que sale precipitadamente por la izquierda

MEL. ¡Señor!...
GUILLEN ¿Qué sucede?
MEL. Corre ¡por Fermín el santo!
á tu castillo; que en cuanto
abarcar la vista puede
desde el cerro del pinar
ondean entre paveses
pendones aragoneses
¡y lanzas se ven brillar!
GONZ. ¡Guerra! (Echándose el tabardo á la espalda.)
GUILLEN ¡No! calma y unión.
Constancia, astucia, osadía;
¡que siga la romería!
¡que salga la procesión!
Inerme está nuestra tierra
y nadie á lidiar dispuesto...
¡No les demos un pretexto
para comenzar la guerra!
MEL. ¡Ellos dieron la señal!
Cada encina y cada pino
ostenta ya un pergamino
clavado con un puñal.
De Atarés la villanía
en él á mostrarse empieza

¡pregonando la cabeza
de nuestro rey don García!
(Señalando á la encina en que está un pergamino clavado.)

GONZ. ¡Mira!
(Corre al árbol y arranca con violencia un pergamino que lee.)

GUILLEN «El que á Munio Gelmirez
«ó á Pedro Atarés se llegue,
»y la vil cabeza entregue
»de don García Ramírez,
»sobre hacer cosa muy grata
»á nuestra patria y á Dios,
»recibirá de los dos
(Creciendo su cólera por momentos.)
»trescientos marcos de plata.»

GONZ. ¡Ya al rey espera un verdugo!
¡Piensa en tu hija, Rotrón, (Con amargura.)
que esta es propicia ocasión!

GUILLEN ¡No! ¡por la Virgen del Yugo!
Si la hiero, si la inmolo,
(En un arranque decisivo.)
nada importa en este alarde.
¡Calle el cariño cobarde (A sí mismo.)
y hable la patria tan sólo!
—Vé al templo, y al conde dí
que apreste su gente toda; (A Melendo.)
y que disponga la boda. (Vase Melendo.)

GONZ. ¡Así te quería! (Con entusiasmo abrazándolo.)

GUILLEN ¡Así!... (Sarcasmo.)
¡Ley sangrienta del honor!
¡patria, madrastra y no madre!
¡Cuando soy el peor padre
soy el patricio mejor!
(Con desesperado sarcasmo.)

GONZ. ¡Guillen! (Queriendo infundirle valor.)

GUILLEN Vamos á impedir (Rapidez.)
que Blanca á aquí se dirija.

GONZ. (Como asaltado por un recuerdo.)
¿Venir debe aquí tu hija?

GUILLEN Un voto intenta cumplir.
Vamos.

GONZ. No he de verla.

GUILLEN ¡Oh!..

¡Como á mí te falta el brío!
—Mas ya es tarde.

BLANCA (Abrazándolo tiernamente.) ¡Padre mío!

GUILLEN ¡Blanca!

GONZ. (¡Es ella! ¡Qué he hecho yo!)

(Blanca sale seguida de su séquito y abraza á su padre sin reparar en Gonzalo, que al verla queda confundido y con la cabeza sobre el pecho. Las puertas de la iglesia se abren, y empiezan á salir los niños con velas encendidas. El órgano se oye de modo que no interrumpa en nada el diálogo.)

ESCENA XIII

DICHOS, BLANCA y su séquito, que trae ramos de flores y coronas para la Virgen. Blanca viste lujosamente

BLANCA ¿Posible es, padre, que ya
entre mis brazos te tengo?

GUILLEN Triste y desolado vengo.

BLANCA Mi amor te consolará.

GUILLEN Los consuelos de tu fe
no más me darán reposo.
La ¡patria! te elige esposo
y me manda que á él te dé.

BLANCA (Gozosa, viendo á Gonzalo.)
¿Cómo? ¿Acaso?... (Pasa entre los dos)

GONZ. ¡No!—En tu abril
vas á ser sacrificada.
Mañana serás llamada
la condesa de San Gil.

BLANCA ¡Yo del conde!

GUILLEN Entre los dos
así queda convenido.
Gonzalo me ha decidido.

BLANCA ¡El!—(¡Tú!)

GONZ. (¡Justicia de Dios!)

BLANCA ¡Padre! (Suplicante.)

GUILLEN Mi palabra dí
y ya suya te contemplo.
—La Virgen sale del templo.
¡A ella pídele!

BLANCA ¡Ay de mí!

ESCENA XIV

DON GUILLEN, GONZALO, BLANCA y su séquito, DON GIL, MELENDO, CABALLEROS, CONJURADOS, MONJES, PAJES, VILLANOS, VILLANAS, NIÑOS DEL PUEBLO, ESCUDEROS y BALLESTEROS. Continúa la marcha de la procesión. Multitud de niños ocupan los puntos más elevados, desde donde arrojan flores sobre el tabernáculo en que va la imagen. Los Monjes, Pajes y Aldeanos, llevan sendos cirios encendidos. Dos acólitos inciensan á la Virgen. El abad cierra la comitiva. Hágase notar bien el fervor religioso de los unos y la efervescencia guerrera de los otros. Los mozos del molino colocan telas de colores en los antepechos del voladizo que le da entrada; á lo lejos se oye, sin que perjudique al canto, el repique de las campanas. Algunos personajes de aspecto siniestro presencian la escena como recatándose de los demás

Música

BLANCA

Salve, estrella de los cielos,
Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor.
—(¡A mi pecho desgarrado
tu cariño dé reposo!
¡Madre del amor hermoso,
vela por mi hermoso amor!)

—

GUILLEN

Salve, estrella matutina,
Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor.
—(Por mi rey y por mi patria
doy su vida y su reposo.
Padre amante y cariñoso,
sólo espero ya en tu amor.)

—

GONZ.

Salve, estrella matutina,
Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor.

—(Por mi patria la he perdido;
salvación no se me alcanza.
A tí, Madre de esperanza,
te encomiendo nuestro amor.)

—

GIL

Salve, estrella matutina,
Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor.
—(Que en Tudela mis pendones
flotar miren con asombro,
y yo en premio á tu hijo nombro
de mi casa protector.)

(Los que van en la procesión desaparecen y vuelven á aparecer inmediatamente, por detrás del molino, dirigiéndose á la iglesia.)

—

CORO

Salve, estrella matutina,
Virgen de sin par belleza.
Salve, espejo de pureza,
llama del divino ardor.
—Todo un pueblo atribulado
en tí cifra su esperanza.
Si eres fuente de bonanza,
no desoigas su clamor.

Hablado á la orquesta

GUILLEN (Conde, apréstate á la guerra,
que cercano está Atarés.)
(A don Gil al pasar junto á él,)

GIL (Cuando suelte el estandarte...
yo sé bien lo que he de hacer.)
(Indicando huir.)

GUILLEN (Parte a Ceya, Alvar Arista.
—Aznar, á Cuadraita vé.)

GIL (Ya soy tuyo Regocíjate.) (A Blanca.)
(Tengo envidia á esta mujer.)

ABAD (A Guilién desde el centro del palio.)
(En silencio allegad gente
y aguardad á que nos den

la señal los de Pamplona
que hundirá al aragonés.)
(Sigue en la procesión.)

GUILLEN (Tú á Castilla.) (A Gonzalo.)

GONZ. Yo me quedo
tu castillo á defender.

GUILLEN (Gracias.)

GONZ. (A Blanca.) (Voy á tu castillo.)

BLANCA (¡Tarde vas!)

GONZ. (¡Oh!...)

GUILLEN (A Blanca.) (Fuerzas ten
y no me robes las mías
que Navarra ha menester!)
(Vuelve á los conjurados.)

GONZ. ¡Blanca!
(En este momento vuelven á aparecer los que condu-ceu á la Virgen.)

BLANCA ¡Aparta!

GONZ. Nadie mira.

BLANCA La santa Virgen nos ve.

CORO GENERAL—CONJUNTO

Salve, estrella de los cielos,
Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor.
Todo un pueblo atribulado
en tí cifra su esperanza.
Si eres madre de bonanza
no desoigas su clamor.
(Los conjurados de rodillas á la izquierda; Blanca y Gonzalo á la derecha; Guillén en el centro. Por el fondo sigue la procesión dirigiéndose al monasterio. Va cayendo el telón lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala de armas del castillo de Guillén Rotrón. Gran puerta al fondo izquierda: balcón ó mirador, en primer término de la derecha, y puerta pequeña enfrente. Chimenea en el foro, derecha. Armas y trofeos por todas partes. Es de noche. Una lámpara encendida sobre una mesa, y grandes troncos ardiendo en la chimenea. Al levantarse el telón sólo está abierto un postigo de las hojas de la puerta del foro: cuando se abren aquellas, dejan ver los torreones y obras de defensa del castillo.

ESCENA PRIMERA

CENTINELAS, GONZALO y RONDA, dentro: en la escena VASCO los hombres de armas, escuderos, dueñas y doncellas. Estas estarán agrupadas á la puerta de la izquierda observando lo que pasa por dentro, y ellos sentados unos juuto á la chimenea limpiando las armas, otros subidos en escaleras ó sobre el coronamiento de la chimenea, dándole á otros las armas que descuelgan; algunos blandiendo las espadas y montantes como para probarlos. Dentro de la chimenea habrá dos moviendo las brasas con grandes palas de hierro. Redoble de tambor. Se corre el alerta en el recinto del castillo hasta que la voz se pierde á lo lejos

Música

RONDA (Dentro.) Ya la queda nos ha dado
del reposo la señal.
Escuderos del castillo,
vuestros fuegos apagad.

GONZ. (Dentro.)
Vela, vela, centinela.
Escuderos reposad,
que la aurora vendrá á darnos
del combate la señal.
(En la escena.)
UNOS Limpia, limpia el acero empuñado.
OTROS Limpia, limpia sin darte vagar.
ALC. Pronto, pronto, que ya dió la queda.
TODOS Y mañana tendrás que lidiar.
UNAS Mira, mira á la novia vestida.
OTRAS ¡Calla, calla que rompe á llorar!
UNAS ¡Tonta, tonta, la casan y gime!
TODAS ¡Quién pudiera su puesto ocupar!
RONDA ¡Centinela, vela, vela! (Dentro.)
GONZ. Escuderos, reposad.
ELLOS Limpia, limpia, pronto, pronto.
ELLAS ¿Qué será? ¿qué no será?..
GONZ. Reposad, reposad.
UNO Centinela alerta, alerta.
OTROS ¡Alerta! ¡alerta! Alerta está.
ELLAS ¿Qué será? ¿Que no será?
(Las mujeres desaparecen silenciosas por la izquierda y ellos se agrupan á Melendo, que sale por el foro.)

ESCENA II

MELENDO, VASCO, HOMBRES DE ARMAS, ESCUDEROS

Hablado

VASCO ¿Y qué hay de guerra?
TODOS ¡Eso!
MEL. Hay...
que en diez días que han corrido
desde que Atarés acampa
á dos leguas del castillo,
no ha dado un paso adelante;
y que si no avanza hoy mismo
mañana iremos nosotros
con los de don Gil reunidos,
á atacar su campamento
y á no dejarle hombre vivo.

VASCO ¿Cómo?
MEL. Esta noche don Gil
de Blanca será marido,
y á Belquer (1) se irá con ella
dejándonos por auxilio
cuantas lanzas y peones,
mantienen sus señoríos.
¡Mañana!... (Amenazador.)
VASCO Mañana es sábado...
y alguien no verá el domingo.
Eso está bien. Pero dime:
¿podrá un hombre bien nacido
antes de ir á que lo maten
saber por qué?
MEL. ¿No os lo han dicho?
—¡Por Navarra y por García!
VASCO ¿Ese no anda fugitivo?
MEL. Sí.
VASCO ¿Y oculto?
MEL. Sí.
VASCO Pues, hombre,
si acá su ejemplo seguimos
ni él ni nuestra piel tendrán
de resentirse motivo.
MEL. ¡Necio! ¡Tú que entiendes de eso!
VASCO Nada. Morir por servirlo
ó por servir á algun conde,
para el caso. . da lo mismo.
MEL. Dón García está en Pamplona,
y presto has de verle altivo
alzarse y lidiar.
VASCO Que venga.
MEL. ¡Preparad los atavíos,
que en cuanto el sol se levante
va á haber la de Dios es Cristo!

(1) Belcaire.

ESCENA III

DICHOS, DON GUILLEN, que sale pensativo por la puerta de la izquierda

GUILLEN (¡Pobre Blanca!)
TODOS ¿Señor?...
GUILLEN Oye,
(Sin dejar de mirar á la puerta de la izquierda.)
Melendo. Vosotros idos.
MEL. Cada uno á su puesto. Es tarde,
y aun cuando esté el enemigo
lejano, el hombre de armas,
si sirve para el oficio, (Con aspereza.)
duerme con un ojo abierto.
Que se levante el rastrillo;
que haya atalayas en puertas,
muros, torres y postigos.
Fuera del conde y los suyos
no entre nadie en el castillo.
GUILLEN Hacedlo como él lo dice;
por su boca yo os lo digo.
(Don Guillén dice lo anterior sin mirarlos. Ellos se marchan silenciosos después de bajar la cabeza respetuosamente.)

ESCENA IV

DON GUILLEN, MELENDO

GUILLEN (Arrojándose en sus brazos al verse solo con él.)
¡Melendo!...
MEL. Señor, ¿qué tienes?
GUILLEN En tí, buen Melendo, miro,
más que un servidor pagado,
un noble y leal amigo.
MEL. Aunque me honras, verdad dices.
GUILLEN Melendo, en este castillo
todo es luto, cuando es día
de galas y regocijos.
De esa estancia salgo; Blanca,

insensible á mi cariño,
triste y silenciosa, deja
que la cubran de atavíos,
y aun dos lágrimas furtivas
rodar por su cara he visto.
Más que alegre desposada,
que espera al feliz marido,
triste víctima parece
que camina al sacrificio.
De mí van á separarla;
que no ama al conde imagino,
que ser nunca puede un necio
de una discreta querido;
el conde con sus vasallos
á esta casa hace camino;
espera el altar, y suya
debe ser, Melendo, hoy mismo.
Mi palabra está empeñada;
sin el conde soy perdido;
potente con su alianza
venceré á mis enemigos.
¡Mas ya sé bien que por esto
á mi Blanca sacrifico!
¿Qué tengo de hacer, Melendo?
Dímelo tú, buen amigo;
que á no haber palabra dado,
patria y rey diera al olvido
contento, por ver enjutos
sus ojos ¡que son los míos!

MEL. ¿Y.. no sospechas, señor,
de esa tristeza el motivo?

GUILLÉN Me quiere bien... y me deja.

MEL. Muchas doncellas he visto
como doña Blanca honradas,
(Con cierta marrullería.)
á quienes daban marido,
y aun llorando, sonreían.

GUILLÉN Ser el conde, aunque tan rico
y de estirpe tal, tan necio,
la causa será.

MEL. Confío
que es así; pero... las hembras,
—con perdón de esta sea dicho—
cuando les trae el esposo

riquezas, y amor, y brillo,
no paran mientes en eso.

GUILLÉN ¿Qué dices, Melendo?
(Alarmado por sus reticencias.)

MEL. (Paseando una mirada por la escena.) Digo ..
Solos estamos. (Con resolución.)

GUILLÉN Acaba.
(Con ansiedad y á media voz como toda la escena.)

MEL. Si del continente y brío
de un mancebo, *enamorada*
(Como sin atreverse decirlo.)
estuviese...

GUILLÉN ¡Ella!
(Con indignación, pero conteniéndose.)

MEL. ¡Por Cristo!...
¡ojos tiene y es mujer ..
(Sin alzar la vista del suelo.)
y de Eva viene!

GUILLÉN (Dando un paso hacia el.) ¿Qué has dicho?

MEL. Amigo y no servidor
(Recordándole sus palabras con entereza.)
ves en mí. Te habla el amigo.

GUILLÉN Acaba.

MEL. Su estancia es esa; (La de la izquierda.)
al gran patio del castillo
cae ese balcón: enfrente (El de la derecha.)
se halla la estancia que habito.
Como el patio es tan seguro
nadie vela en su recinto
sino un perro; y como nadie
pisa de noche este sitio,
nunca ladra.—Hace algún tiempo,
contra lo que llevo dicho,
al primer canto del gallo
lanzaba fuertes ladridos
que hasta el aurora duraban.
Dijo Blanca que el oirlos
la desvelaba, y el perro
fué á dormir cabe el rastrillo.
Pero... ha tres noches oí
de pisadas cierto ruido (Bajando la voz.)
en el patio, y aunque nada
ví al salir, con tal motivo
volví á su lugar el perro.

GUILLÉN ¿Y?... (Con ansiedad.)
MEL. ¡Y amaneció cosido
(Bajando aun más la voz.)
á puñaladas!
GUILLÉN ¡Melendo!
(Con voz apenas perceptible.)
MEL. No temas, nadie lo ha visto.
GUILLÉN ¿Y qué?
MEL. Anoche fuí yo el perro.
Desde mi estancia escondido
ví escalar ese balcón
á un hombre.
GUILLÉN ¡Cielo divino!
¡Le mataste!
MEL. Aunque tras él
corrí cual nunca he corrido,
del jardín entre los árboles
escapóse á mi cuchillo.
GUILLÉN ¿Le conociste?
MEL. ¡La noche
que el rostro no viera hizo!
GUILLÉN ¡Blanca!... Imposible.
MEL. Quizás
alguna de su servicio
será. Con todo...
GUILLÉN Con todo...
MEL. Como buscamos motivo
á su tristeza ..
GUILLÉN ¡Es verdad! ..
MEL. El canto del gallo he oído.
Un perro murió: otro perro
va á ocupar su puesto vivo.
GUILLÉN Mas si ella fuera... ¡hoy se casa!
¡No vendrá!
MEL. Pues por lo mismo
que se casa...
GUILLÉN Si viniere...
MEL. No temas:—es damasquino.
(Mostrándole su puñal.)
Bajo el balcón estaré.
GUILLÉN Cuando ella salga á este sitio
vendré aquí.
MEL. ¡Y entre dos hierros!...
GUILLÉN Oye: Gonzalo es mi hijo (Deteniéndolo.)

de adopción, mi honor el suyo;
tú estás viejo aunque con brío;
búscale, que está en su estancia,
y que abajo te dé auxilio.

MEL. ¡Para un hombre, basta un hombre!

GUILLÉN ¡Sea, y Dios vaya contigo!

ESCENA V

DON GUILLÉN

¿Es posible que hay más males?
¿Qué te sucede, honor mío?
Con tantas y tantas penas
ni aún á contarlas atino.
Mas dejemos esta estancia
libre al seductor inicuo,
que así más tarde volviendo
mis recelos averiguo.
Muros que amasé con sangre,
guardad el secreto mío,
que el aliento de una duda
empaña á mi honor el brillo.
(Vase por el foro.)

ESCENA VI

GONZALO

Música

(Apenas desaparece don Guillén se ve caer una escala sobre el pesado antepecho del balcón, y á poco sube Gonzalo por ella.)

¡Nadie! ¡Nadie! De la cita
la perjura se olvidó.
¡Noche lóbrega y maldita,
en tí mi existencia su término halló!

—

En los campos de grata verdura,
que esmaltan las flores del mayo gentil,

en la fuente que dulce murmura
prestando armonías al aura sutil,
con la pura sonrisa del niño,
con tiernas palabras que el viento llevó,
mil protestas de eterno cariño
su pérfido labio amante brotó.
¡Oh!...
¡Malditos los campos!
¡Malditos de Dios!
¡Que sus rojas amapolas
fuego broten sin cesar;
que el arroyo hierva en olas,
que se trueque en ancha mar,
y que el cielo de ira ciego
no se canse de lanzar
cataratas de agua y fuego
que mil tumbas hagan do quiera brotar!

ESCENA VII

GONZALO, BLANCA, que sale por la puerta de la izquierda

Hablado

BLANCA
GONZ. } Ah!...
BLANCA ¡Silencio!
(Mirando á todas partes y con mucho terror.)
GONZ. (Muy bajo.) ¡Blanca mía!
BLANCA ¡Calla, calla!
GONZ. Dí que calle (Siempre á media voz.)
al trueno; dí que no estalle
á la tempestad bravía.
Dilo á los bosques que crujen
ante el huracán deshecho.
No se lo digas á un pecho
en que mil tormentas rugen.
BLANCA ¡Gonzalo! ¡Por nuestro amor!
GONZ. ¡Nuestro amor! ¡Y ella lo invoca!
¿Osas poner en tu boca
ese nombre encantador?
¿Darme quieres desagravios
y te humillas de ese modo?

¡Prenda que arrojaste al lodo,
no la lleves á los labios!

BLANCA No, no, tu amor vive en mí.
(Mucha energía, pero bajo.)

GONZ. ¿Vive en tí? (Con sarcasmo y siempre con poca voz.)

BLANCA Tu amor soy yo.

GONZ. ¡Palabras, palabras!

BLANCA ¡No!

GONZ. ¡Blanca! Aun no dijiste *sí*.
(Con resolución y entereza.)
¡Ven! La escala está pendiente;
el patio desierto; oscura
la noche: entre la espesura
mi corcel piafa impaciente.
Patria no la he de encontrar
ni hogar tampoco. Ven, pues.
El proscripto donde estés
verá su patria y su hogar.

BLANCA. ¡Y mi honor! Piensa... ¡Detente!

GONZ. ¡Pensar, pensar! ¡Lucha inmensa!
¡Qué vale lo que se piensa
donde está lo que se siente!

BLANCA Huye. Gente viene.

GONZ. (Sin moverse.) ¿Y ya,
qué importa mi horrible vida?

BLANCA ¡Si te ven estoy perdida!

GONZ. ¡Adiós para siempre!
(Salta rápidamente por el balcón, y en el momento en que no le puede ver ya de frente, aparece en el foro don Guillén y ataca la orquesta.)

ESCENA VIII

BLANCA, DON GUILLÉN

BLANCA
GUILLÉN } ¡Ah!

Música

BLANCA ¡Matadme! ¡Matadme!
GUILLÉN ¡Infame! ¡Maldición!
(Yendo hacia el balcón.)

BLANCA ¡Atrás! ¡No deis un paso!
(Interponiéndose.)
GUILLÉN ¡Atrás! ¡Rayo de Dios!
(Cogiéndola con violencia y haciéndola pasar.)

—

Esa escala que dió entrada
al que roba nuestro honor
(Arrancándose el puñal de la cintura.)
al abismo irá rodando (Con satánico placer.)
con el vil á quien sirvió.

—

BLANCA ¡No la escala, padre mío,
con el hierro cortes, no!
(Cerrándole de nuevo el paso.)
Corta el hilo miserable,
de esta vida de dolor.

—

CORO (Dentro. La música interior suspende la acción de don Guillén. Los dos escuchan inmóviles el Coro.)
Tejamos coronas
(Algo lejano.)
de rosa y jazmín,
que trata en casarse
el conde don Gil.

—

BLANCA ¡Oh, padre!
GUILLÉN ¡Villana!
¿Oiste?
BLANCA Oí.
GUILLÉN ¡Viejo infeliz!

—

Vendrá por la niña
más pura y gentil.
¡Ay, canas miserables!
¡Ay, mísero de mí!

—

BLANCA Mi cerebro loco
ni aun sabe sentir.

¡Ay, juventud perdida!
¡Ay, mísera de mí!

—

CORO Tejamos coronas
(Ya más cerca.)
de rosa y jazmín,
que trata en casarse
el conde don Gil.

Hablado

GUILLÉN ¡Y al conde he de dar tu mano!
¡Villana! (Muy bajo.)
BLANCA ¡Por el Dios-hombre!
GUILLÉN ¡Yo engañarle! ¡Nunca! El nombre,
el nombre de ese villano.
BLANCA ¡Su nombre! Herídme, señor.
(Presentando el pecho.)
GUILLÉN ¡Dios sepulte en noche densa
los ojos que ven la ofensa
y no ven el ofensor!
BLANCA ¡Padre!
GUILLÉN El Conde va á llegar;
¡yo, aun sin honor, tengo honra!
¡Que al decirle tu deshonra
sepa en quién la he de vengar!
BLANCA ¡Nunca!
GUILLÉN Que vienen. ¡Acaba!
BLANCA ¡Piedad!
GUILLÉN ¿Piedad para tí?
Esta mancha que hay aquí
(En su frente.)
sólo con sangre se lava.
Si impune quieres que huya
tu cobarde seductor,
nada importa; ¡en mi furor
verteré toda la tuya!
BLANCA ¡Que es la vuestra!
GUILLEN ¡Pues por mía
y enferma verterla quiero!
En tu pecho con mi acero
voy á darme una sangría.
(Ruido de espadas al pie del balcón.)

BLANCA ¿No oís?
GUILLEN (Con alegría.) ¡Ah!... Tu seductor
con un hierro ha tropezado.
Melendo estaba apostado.
BLANCA ¡Jesús!
GUILLEN (Gritando desde el balcón pero con voz ahogada.)
¡Melendo, valor!
BLANCA ¡Padre! ¡que es á mí quien hieres!
GUILLEN ¡Animo! (Sigue al balcón sin oir á Blanca.)
BLANCA (Con desesperación.) ¡No me responde!
GIL. (Dentro, por el foro.)
¡Vasallos, trás vuestro conde!
GUILLEN ¡Pronto! (A Melendo.)
BLANCA ¡Piedad!
GUILLEN Calla ó mueres.

(En el momento en que don Guillén se vuelve, ve á don Gil, que aparece en el foro seguido de su gente, y tanto Blanca como su padre se quedan inmóviles y aterrados. Cesa el ruido de espadas. Don Gil, jovial y complacido contempla desde el foro, como arrobado, la siniestra figura de don Guillén y la angustiada de Blanca.)

ESCENA IX

DICHOS, DON GIL, MAESE LANGUSTINO, acompañamiento

GIL Quietos.—¡Salud, don Guillén!
—Maese Langustino, á mí.
—La alegría reina aquí:
dícenlo esos rostros bien.
(Por Blanca y don Guillén.)
GUILLEN Conde... (Confundido.)
GIL Traigo á mi cronista
para que escriba el contento
que en tan supremo momento
habéis sentido á mi vista.
Maese, pintad el rubor
de la púdica doncella.
Nada habló; más todo en ella
dijo á las claras su amor.
GUILLEN Conde...
GIL ¡Salud, don Guillén!

¡Salud, padre venturoso
de este conde generoso!
Yo os mando mi parabién.
No os humilléis, bien estades;
(A un movimiento de cólera de don Guillén.)
padre os hicieron mis fallos.
Yo os respeto.—Oid, vasallos
de todos sexos y edades.
Todo oído se prevenga
(En su pecho.)
á oir lo que aquí se esconde.
—Magnánimo vuestro conde,
dejaos escuchar su arenga.

BLANCA (¡Padre!)
(Al verlo fuera de sí, en tono suplicante muy por bajo.)

GUILLEN (Muy reconcentrado.)
(¡Blanca!...)

GIL Maese, escriba
el gozo del pueblo entero.
(Aquí es el viva primero.)
(A los suyos por lo bajo.)

LANG. ¡Viva nuestro Conde!

TODOS ¡Viva!

GIL Gracias. Esa aclamación...
—espontánea, si se quiere,—
aunque mi modestia hiere
me ha llegado al corazón.
—El conde don Gil tercero
en persona y muy de grado,
ansiando dar al condado
el más insigne heredero,
viene á cumplir la promesa
que un día le plugo hacer
á esa que, si hoy es mujer,
será mañana condesa.
(Movimiento de don Guillén.)
—Mirad: todos mis villanos
visten los festivos trajes.
(Blanca continúa junto al balcón sin oir lo que pasa queriendo adivinar lo que sucede abajo.)
Al templo, pues —¡Hola, pajes!
llegad la silla de manos.

GUILLEN Conde, confundido hoy...

GIL (Sin dejarlo acabar.)
Por mis bondades. Lo creo.
—Al templo.
GUILLEN Conde... lo veo...
GIL Y no lo creeis. Estoy.
GUILLEN Conde, ese enlace.. (¡Valor!)
que me honra tanto...
GIL Se ve.
(Gran ruido de gente en el patio.)
BLANCA (¡Ah!...)
GIL ¿Qué ocurre?
GUILLEN No lo sé.
BLANCA (¡Padre!)
GIL ¿Ese rumor?...
VASCO Señor.
(Sale precipitadamente por el foro.)

ESCENA X

DICHOS, VASCO

VASCO Bajo ese balcón se ha hallado
á Melendo mal herido.
GUILLEN ¡Ira de Dios! ¿Quién ha sido?..
VASCO Melendo está desmayado
y no le puede nombrar;
mas en la casa se esconde.
BLANCA (¡Ah!...)
GIL Siervos, á vuestro conde
que vos lo pueden matar.
VASCO De Atarés será un espía
el traidor; más ya cerradas
todas las puertas; tomadas
cuantas salidas tendría,
en nuestro poder caerá.
¡Don Gonzalo, con su gente,
animoso y diligente,
la casa registra ya!
BLANCA ¡Gonzalo!... (Entra alegre y temerosa.)
GUILLEN ¡El estaba aquí. (Reanimándose.)
y yo ingrato me temía
que un vengador no hallaría!
Que venga al punto.

GIL — Sí, sí.
GUILLEN — Oye. Si halláis al villano,
pensad que en mi señorío
todo criminal es mío.
Nadie en él porga la mano.
¡Si intenta sacar á plaza
el por qué delinquió así,
traedlo al instante aquí
¡pero con una mordaza!
No heridle: fuera empañar
de mi noble casa el brillo.
¡Soy señor de horca y cuchillo
y le quiero ver ahorcar!
BLANCA — ¡Padre!
GUILLEN — Mi Gonzalo fiel
me vengará.
GIL — El matador (A Vasco.)
solo estaba?
VASCO — Sí, señor. (Vase por el foro.)
GIL — Pues venga, venga ese infiel.
Venga y sabrán, viendo aquí
como castigo á la viles,
que la sangre de los Giles
no ha degenerado en mí.
Sal, acero destructor,
y tiemble el mundo á tu vista.
—Escribid, maese cronista,
este rasgo de valor.

ESCENA XI

DICHOS, GONZALO, VASCO y ESCUDEROS

BLANCA — ¡Oh! ¡piedad para los dos! (A su padre.)
VASCO — Mi señor...
BLANCA — ¡Gonzalo!...
GUILLÉN — ¡Amigo! (A Gonzalo.)
GIL — ¿Ha muerto ya el enemigo?
Lo siento. ¡Vaya por Dios! (Envaina.)
GUILLÉN — Habla. (A Gonzalo.)
GONZ. — (¡Gran Dios!)
GUILLÉN — ¿Le has hallado?

GONZ. Yo..
VASCO Que está en casa, es seguro,
que puertas, torres y muro
todo estaba bien guardado;
mas aunque huir no ha podido,
no le encontramos, señor.
GUILLÉN Bien.—(Oye aparte. Al traidor
(Llevándose aparte á Gonzalo, que no se atreve á mirar á don Guillén.)
que á mi buen Melendo ha herido,
cual todos, tomado habrás
por un ladrón ó un espía.)
BLANCA (¡Tiemblo!)
GUILLÉN La desdicha mía
es mayor. ¿Me vengarás?
GONZ. ¿Yo?...
GUILLÉN. Soy viejo. Aun con valor
morir sin matarle puedo.
—Ven más lejos. Tengo miedo
de que oigan mi deshonor.
Mi hija... déjame que acabe.
(A un movimiento de Gonzalo.)
No oyen: no importa. ¡Por Cristo!
¡Ese muro ya lo ha visto!
¡ese balcón ya lo sabe!
GONZ. Mas...
GUILLÉN Por mucho que te afiija,
oye y véngame después.
Ese que persigues ¡es
el seductor de mi hija!
¡Gonzalo! tu bienhechor
me llamas.—Todo aquí acabe.
¡Dame sangre con que lave
esa mancha de mi honor!
GONZ. Señor...
GUILLÉN ¡Calla! ¡Ya lo sé!
¡Gracias! ¡en tus ojos leo
mi mismo ardiente deseo!
¡Gracias! ¡gracias! ¡véngame!
(Le estrecha la mano)
GIL Leed.
(Dándole á leer el pergamino en que ha estado escribiendo.)
LANG. (Leyendo. «Hazaña notoria.

La espada el conde sacó
y el enemigo escapó.»

GIL —¡Así se escribe la historia! (Con entusiasmo)

GUILLÉN Señor conde, perdonad.
En el enlace pactado
yo solo soy el honrado.

GIL Don Guillén... es la verdad.

GUILLÉN Siendo así...

GIL Que es lo es sin duda.

GUILLÉN Mi Blanca pobre...

GIL Yo rico.

GUILLÉN La elevais.

GIL ¡Me sacrifico!

GUILLÉN (¡Dios con paciencia me acuda!)
Que todo lo hacéis por mí
de vuestro dicho aparece.

GIL (¡Vamos, este hombre agradece!)
¡Qué queréis! yo soy así.

GUILLÉN La herida de ese escudero
aflige á mi casa toda,
y esto en un día de boda
téngolo por mal agüero.
Y pues vos nada perdéis,
y pues yo todo lo gano,
quede esto así: á vuestra mano
más digno empleo hallaréis.

GIL ¿Cómo?

BLANCA / GONZ. (¡Ah!...) (Con alegría.)

GIL ¡Cómo! ¿Un pretexto?
¡Despreciar mi raza fiera
un hidalgo de gotera!
—No escribas, no escribas esto.
(Rápidamente á Fangustino.)

GONZ. ¡Mirad!...

GUILLÉN (A Gonzalo.) ¡Tente!

GIL En tales puntos
no miro: el mirar se olvida.
¡Siento aquí toda la vida (En el corazón.)
de mis abuelos difuntos!
¡Nombre mío, á tí estos duelos
cuando en todo el orbe zumbas!..
¿Qué dirán desde sus tumbas
mis cuatrocientos abuelos?

—¡Sus! ¡vasallos, á la lid!
Vengarse don Gil previene.
Pues las mismas letras tiene
Gil que Cid, ¡yo seré un Cid!
¡Queréis guerras! ¡habrá guerras!
Con mis valientes soldados
yo mataré tus ganados,
yo te quitaré las tierras.
¡Sus! Al aire el pendón negro
hasta morir ó vencer.
¿No quieres mi suegro ser?
¡Te trataré como á suegro!
(Vase rápidamente con su séquito.—Don Guillén hace una señal á sus servidores, y estos desaparecen tras la gente de don Gil. Cierran la gran puerta y postigos de ella.)

ESCENA XII

DON GUILLÉN, BLANCA y GONZALO

GUILLÉN ¡Gonzalo! ¡Gonzalo! (En la mayor aflicción.)
BLANCA ¡Ah!...
GUILLÉN ¡Ya lo ves! ¡Por ser honrado
á ese necio he rechazado!
Casarla no puedo ya.
Poderoso el enemigo
y poca la gente mía,
resistir me prometía
de esta alianza al abrigo.
Gonzalo, lo estás mirando
como mis ojos lo ven.
Aquel que era mi sostén
se pasa al opuesto bando.
Mi patria, que era mi afán,
por una mujer se acaba.
¡Que siempre brota una Caba
donde falta un don Julián!
Gonzalo, de tí lo espero;
véngame tú denodado.
Este brazo deshonrado
blandir no puede el acero.
Júrame al vil encontrar;

júrame rasgar su seno;
jura de mi rabia lleno
morir lidiando ó matar!
(Cogiéndole la mano entre las suyas.)

GONZ. Yo...

GUILLÉN ¡Jura, hijo mío!

GONZ. ¿Yo?..
(Queriendo retirar la mano.)

GUILLÉN ¿Vacilas cuando en mil lides?..

GONZ. (Con desesperación.)
¿Sabes tú lo que me pides?

BLANCA ¡No jures!

GUILLÉN ¡Villana!
(Poniendo mano al puñal.)

GONZ. ¡Oh!...

Música

¡Deten el brazo impío!

GUILLÉN Mi frente es un volcan.

GONZ. El golpe en este pecho
descarga sin piedad.

BLANCA ¡Gonzalo! ¡Padre mío!

GUILLÉN ¡Atrás!

GONZ. ¡Tened!

GUILLÉN ¡Atrás!
La vida que le he dado,
le quiero arrebatar.

—

GONZ. Quitar puede los hijos
Dios sólo que los da.

—

La sien del parricida
que á Dios pretende osar,
un rayo de su cólera
por tierra abatirá.

—

GUILLÉN ¡Ah!
(Dejando caer el puñal que alzaba contra su hija.)
Cobarde mano mía,
¿por qué temblando estás?

—

(Mas ¿qué es esto? ¡Yo sangre! ¡yo sangre!
¡Manchada mi mano! ¿qué es esto, gran Dios?
¡Qué sospecha! Tan solo Gonzalo
en este recinto mi mano estrechó.
¡De Melendo es Gonzalo asesino!
¡Es Gonzalo el que roba mi honor!)

—

GONZ. } (¿Qué medita? Su torva mirada,
BLANCA } su rostro convulso, su trémula voz,
del infierno que hierve en su pecho,
anuncian cercana la horrible explosión.
—¡Tú, Señor, que lo ves desde el cielo
ampara tan santo, tan férvido amor!)

—

GUILLÉN (¡Obremos con prudencia!
¡A espacio, corazón!)
—¿Recuerdas que mi mano (A Gonzalo.)
tu mano aquí estrechó?
GONZ. Recuerdo.
GUILLÉN ¿Dí si á otro
la he dado?
GONZ. No, señor.
GUILLÉN El crimen deja huella.
GONZ. ¿Qué dice?
GUILLÉN ¡Mira! (Mostrándole la mano.)
(Gonzalo mira con horror su ensangrentada mano.)
GUILLÉN ¡Hay sangre en esta mano!
BLANCA ¡Dios santo!
GONZ. ¡Maldición!

—

GUILLÉN La sién del homicida
que á Dios pretende osar,
un rayo de su cólera
confunde sin piedad.

—

BLANCA Al ver que su honra mancha
el que abrigó en su hogar,
en él y en mí su cólera
tremenda estallará.

—

GONZ. Sin trono y sin amores,
sin patria y sin hogar,
la tierra donde piso
me falta ó se me va.

Hablado

GUILLÉN ¡Errante y proscripto al verte,
mi techo y mi pan te dí!...
¡Deshonra me das tú á mí,
y á mis servidores muerte!
Venganza pide el ultraje;
y aunque estás bajo mi techo,
tu ingratitud ha deshecho
los fueros del hospedaje.
(Don Guillén toma una espada de una de las panoplias.)
Calla y lidia sin tardanza
y sin que el aire lo sienta.
¡Navarra sabrá mi afrenta
cuando sepa mi venganza!

BLANCA Reparaciones honradas (Rapidez.)
puede encontrar un error.

GUILLÉN ¡Los desgarrones de honor
se cosen con estocadas!

GONZ. Herir no puede mi hierro
á quien dí de padre el nombre.

GUILLÉN ¡Si no lidias como un hombre,
te mataré como á un perro!
(Se va á lanzar sobre él, mas se queda inmóvil al oir la campana del castillo, que no dejará de sonar hasta el final de la escena sino por cortos intervalos.)

BLANCA ¡Ten!—Gente llega á tu puerta.
Alguien el rastrillo pasa.
¿No oyes?

GUILLÉN (Sombrío.) ¡Oigo que en mi casa
doblan ya por mi honra muerta!
(Marcha de trompetas y atabales que se acerca por momentos. Sigue el acompasado y grave son de la campana.)

GONZ. (Sacando la espada y pasando junto á él.)
¡Gentes son que el Conde guía
contra tu casa y persona!

BLANCA (Que ha corrido al balcón, y como asiéndose á una esperanza.)

¡No! ¡Conozco de Pamplona
la alegre trompetería!

GUILLÉN ¡Llegan!

GONZ. (Que ha ido al foro.)
Sí.

GUILLÉN (Á Gonzalo fuera de sí.)
¡Después será!

GONZ. Después... haz tu obligación.

GUILLÉN ¿Quién busca á Guillén Rotrón
y sin venia entra hasta acá?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DON PEDRO TIZÓN, CABALLEROS, CONSEJEROS, MONJES, HERALDOS, PAJES, Pueblo y Servidumbre de don Guillén en el fondo. Un Anciano trae el pendón de Navarra; otro la bandera de Pamplona; otros varios pendones y banderas de distintos Señoríos y Universidades. Cierra la comitiva el Municipio de Pamplona precedido de sus Maceros y Pajes; uno de estos trae una bandeja cubierta con un paño, que cubre la corona real. Preside el Abad con sus Monjes, guiados por la cruz abadial. Tizón viene delante y dice desde la puerta del foro

PEDRO Es la ciudad de Pamplona,
que se alzó al rayar el día,
y busca al Rey don García
para darle su corona.

GONZ. (¡Gran Dios!)

GUILLÉN Mi Rey no está aquí.

PEDRO Sí está; y tú le has albergado
sin haberlo sospechado.

GUILLÉN (A don Pedro á media voz.)
¿Luego el Rey es ese?

PEDRO (Con entusiasmo.) Sí.
Venle el primero á aclamar,
que sin tí Rey no sería.

GUILLÉN (¡Honra mancillada mía,
ya no te puedo lavar!)

Música

BLANCA ¡Es el Rey!
GUILLÉN ¡Es el Rey!
GONZ. ¿Qué me pasa?
PEDRO y PUEBLO } Todo un pueblo humillado á tus pies,
y por tí sus pendones alzando
la corona te viene á ofrecer.

—

BLANCA ¡Es el Rey, es el Rey! Todo un pueblo
la corona le viene á ofrecer.
(La corona de Blanca te aleja;
no la ciña, Gonzalo, tu sien.)

—

GUILLÉN (Hay un Dios y ese juzga á los reyes
que ultrajaron al súbdito fiel.) (A Gonzalo.)
(Este acero á mis canas manchadas
su limpieza no puede volver.)
(Rompe la espada.)

—

GONZ. (De mi Blanca ese trono me aleja,
y á ese trono me llama el deber.
Con las manos en sangre bañadas
mal el cetro podré sostener.)

—

CORO y PEDRO
Todo un pueblo que padre te aclama,
todo un pueblo se humilla á tus pies,
y por tí sus pendones alzando
la corona te viene á ofrecer.

Hablado á la orquesta

GONZ. Bien. Yo acepto la diadema
que leal me da Pamplona.
BLANCA ¡Ah! (Aterrada.)

CORO y PEDRO
¡Viva el rey don García!
(Fuera repiten el viva.)
GONZ. Oye. (A don Guillén, aparte.)
GUILLÉN ¿Qué quieres que oiga?
(Con cierto respecto, pero sombrío.)
GONZ. Yo tengo deudas contigo.
GUILLÉN Una, señor, ¡mas de honra!
GONZ. ¿Y cómo pagarla puedo?
GUILLÉN Eso á tí verlo te toca.
GONZ. Para el pago de esa deuda
yo te empeño mi corona.
(La toma del azafate y la entrega á don Guillén.)
GUILLÉN (La prenda que te has llevado
vale más; pero no importa.)
—¡Pamplona, señor, te espera!
GONZ. Vamos... ¡y Dios nos acorra!

Música

BLANCA (¡Se va!
¿Qué haré?
¡ay de mí!
GONZ. A lidiar,
á vencer
ó á morir.

—

¡Llegó el alegre día!
¡Al aire mi pendón!
¡Navarra por García!
¡Que tiemble el Aragón!

—

BLANCA (Acabe en este día
mi vida con mi honor.
Mi rey es don García,
adiós, adiós, amor.)

—

GUILLÉN (Me dejas este día
de mancha en mi blasón.

Tu trono, don García,
es prenda de mi honor.)

—

PERO y CORO Llegó el alegre día,
al aire tu pendón.
¡Navarra por García!
¡Que tiemble el Aragón!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Claustro bizantino del Monasterio de Santa María de la Serna. La parte de la izquierda está alumbrada por una lámpara que ilumina una imagen y por los rojizos reflejos que pasan por las ventanas que dan al refectorio. La claustra está bañada por la luz de la luna.

ESCENA PRIMERA

PUEBLO y MONJES, dentro LANGUSTINO y el HERMANO GALINDO, que salen á poco

Introducción.—Música

Preludio de jota en la orquesta, y bandurrias dentro que acompañan el sencillo y pasajero canto del pueblo. Antes de terminar éste comienza el órgano y el cántico de maitines de los Monjes en el Coro

PUEBLO (Dentro á la derecha.)

Por las vereditas, (Muy picado.)
que el monte aprisiona,
las niñas bonitas
se van á Pamplona;
y á tal paso dejan

su campo y su hogar,
que arroyos semejan
corriendo á la mar.

—

MONJES (Dentro en el foro.)
Con el alba se levanta (Órgano.)
el cristiano labrador
que cavar la tierra ansía
de la viña del Señor.

—

PUEBLO ¡Corran niños y viejos
con la guitarra
y el tamboril!
¡Corran, que á los festejos
toda Navarra
debe acudir!

Hablado

LANG. ¡Alegre va el pobre pueblo!
(Socarrón y marrullero)
GAL. ¡Poco durará su gozo!
LANG. Y entre tanto aquí... Unos piden
por las almas en el coro...
GAL. Y otros hacen por el cuerpo
bebiendo en el refectorio.
LANG. Siempre que nobles navarros
concertar tratan sus votos,
—ya se sabe—antes remojan
los gaznates con un sorbo.
GAL. ¡Ay, hermano! ¡Y en qué tiempos
tan menguados y azarosos
nos echó Dios á este mundo!
—Cuando el Abad don Gotrondo
regía esta santa casa,
su protector y patrono
el padre de vuestro amo,
—que goza eterno reposo—
llenaba nuestras bodegas
del Peralta cada otoño.
Hoy el hijo de aquel santo

confortador de mi estómago,
dejarnos trata sin misas,
según bebe nuestro mosto.

LANG. ¡Ello es así, hermano mío!
—¿Mas no le dirá á un devoto
que ansía del monasterio
mirar los rincones todos,
hacia qué parte de él caen
cocina, despensa y hornos? (Bostezando.)

GAL. ¡No he de decir! ¿Tengo acaso
entrañas de hereje ó moro
para que no me enternezcan
bostezos tan lastimosos?
(Bostezando también.)
—Si oler quiere dónde guisan,
marche del claustro hasta el fondo
y abra la puerta que hay
frente al pilar milagroso
del aldabón de la muerte.

LANG. ¿De la muerte dijo?

GAL. ¿Cómo?
¿Eso ignora?—En esta casa
tres aldabonazos sordos
anuncian al moribundo
que ya su fin se haya próximo,
en recuerdo de los golpes
de nuestro padre glorioso
el celestial San Benito.

LOS DOS ¿Eh?
(Con gran terror al oir un fuerte aldabonazo dentro.)

LANG. ¿Conque decís que todo
el que á morir va los oye?

GAL. Sí.
(Segundo aldabonazo. Dan una vuelta, quedando espalda con espalda.

LANG. ¡Jesús!

GAL. *Pecatum nostrum*
mea iniquitate... (Tercer aldabonazo.)

LANG. ¡Hermano! (Gran temblor.)

GAL. *Confiteor tibi...* (Idem.)

GONZ. (Dentro.) ¡Abran pronto!

GAL. ¡Van!—¡Jé, jé, jé! ¡Si es que llaman!

LANG. ¿Pues qué se creyó el medroso?
(Riéndose el uno del otro.)

GAL ¡Nunca os juzgué tan cobarde!
—¡Voy!
(Han repicado con el aldabón y han vuelto los dos al miedo por un momento.)

GONZ. (Dentro.) Abra, ó la puerta rompo.

GAL. ¡Humos trae!—¡Voy!

LANG. Si el Conde
pregunta por mí..

GAL. Respondo
que estais... (Indicando que come.)

LANG. No, no.

GAL. ¡Ah! ¡ya! Que estais...
(Haciendo que bebe.)

LANG. Que estoy recogiendo ansioso
materias que á mis trabajos
den vida. (Llevándose las manos al estómago.)

GAL. El Conde es un poco...
(Llevándose un dedo á la frente.)

LANG. *Stultus.*

GAL. ¿Cómo dice?
(Que ha ido á tomar el farolillo.)

LANG. *Stultus.*

GAL. Hable en romance.—Voy. (Con desentono.)

LANG. } (A un tiempo y riéndose la gracia.) ¡Tonto!
GAL. } (Vase cada uno por un lado riéndose por lo bajo. Vuelve á oirse el órgano por unos momentos y la jota en la orquesta.)

ESCENA II

GONZALO, CASTELLEZUELO, embozados; GALINDO, que sale delante procurando verles la cara á favor del farolillo

GAL. Si no dan el santo y seña (Sale.)
que no pasan les prometo.

GONZ. Hable bajo y con respeto
como Cristo nos enseña.

GAL. ¿Mas quiénes son?

GONZ. ¿No lo ve?
(Poniendo la mano en la cruz de la espada.)

GAL. Perdonen que no me fie...

GONZ. Calle el hermanuco y guíe
adonde su Abad esté.

GAL. El Abad canta maitines
con todos sus cogullados
y nunca admite embozados
de su celda en los confines.
CAST. ¿Es cierto que altos varones (Agitación.)
júntanse aquí con misterio?
GONZ. ¿Están en el monasterio (Ansiedad.)
los navarros infanzones?
GAL. ¿Su concejo han celebrado?
GONZ. ¡Hable ya! ¿qué te detiene?
GAL. Si á beber con ellos viene,
un poco tarde ha llegado,
que algunos el duro suelo
midieron ya con sus lomos.
GONZ. (¡A tiempo venido somos,
amigo Castellezuelo!)
—¿Es decir que de su junta
en el comienzo no están?
GAL. Si el santo y seña no dan,
no hay respuesta á la pregunta.
GONZ. (¡Bien la traición se declara!)
CAST. (¿No os lo dije?)
GONZ. (Más no aguanto.)
—Basta para seña y santo
el que me mires la cara. (Va á descubrirse.)
CAST. (Señor... (Deteniéndolo.)
GONZ. Convencerle es ley.
CAST. ¿Y si en tu contra conspira?
GONZ. Húndele el puñal.
CAST. Bien.)
GONZ. Mira. (Se descubre.)
GAL. ¡El molinero!
CAST. ¡Tu rey!
GAL. ¡El rey! (Inclinándose.)
GONZ. Te dije quién soy.
Piensa qué va de tí á ser
si alguno llega á entender
que en el monasterio estoy...
GAL. Yo..
GONZ. ¿Dónde hallaré á tu Abad?
GAL. Arriba en la celda nueva. (Mucha solicitud.)
GONZ. ¡Quieto!—¡La noche es de prueba,
pero me agrada en verdad,
pues que provocan la lid

de saber ardo en deseos
si el rey de los Pirineos
es digno nieto del Cid!
(Vase seguido de Castellezuelo.)

ESCENA III

GALINDO, PEDRO TIZÓN, DON GIL, INFANZONES y MONJES

TIZÓN (Dentro.)
¿Galindo? (Llamándolo.)
GAL. (¡Ay si los ha visto!..)
TIZÓN (Saliendo.)
Dí á tu Abad que aquí lo espero.
GAL. (Si los vió, esta noche oigo
los tres golpes.)—Voy corriendo. (Vase.)
TIZÓN No es bien, navarros varones,
cuando está la patria en riesgo
que en el lugar del banquete
tengamos nuestro consejo.
En este sagrado claustro
de añejas memorias lleno,
donde la frente refresca
de Subiza el libre viento,
yo, Pedro Tizón, varones,
de Dios en nombre os congrego.
GIL Y á tu apellido acudimos.
(Ligeramente marcado.)
¿Qué nos quieres? Habla presto.
TIZÓN Templarios y aragoneses
á nuestro empuje cedieron,
y merced á don García
y al claro favor del cielo,
no lleva al ristre su lanza
en Navarra un caballero,
ni hay armada una ballesta
de las montañas al Ebro.
GIL Dí merced á Dios y al Conde
que oir os deja su acento..
De la Navarra nobleza
obediente á los preceptos
tres días há que una vira
no han lanzado mis arqueros

de Rotrón contra el castillo,
y va corrido igual tiempo
sin que sus ruinosos muros
aportillen mis ingenios.
Mas hoy espira la tregua,
—y oid bien lo que os prevengo,—
ó apenas el sol alumbre
me da ese Conde altanero
la mano de su hija Blanca,
ó yo, firme en mi derecho,
se la tomo en su castillo
entrándolo á sangre y fuego.

TIZÓN Tuya es, que te fué otorgada
de infanzones en concejo.

ESCENA IV

DICHOS, el ABAD, GONZALO, CASTELLEZUELO, con cogullas y cubiertos con las capuchas. MONJES y GALINDO. LANGUSTINO después por la izquierda

TIZÓN Llegad, padre, os esperaba.
(Yendo á su encuentro.)

GAL. ¡Que os ven la espuela!
(A Gonzalo arreglándole la cogulla.)

GONZ. (Con energía.) ¡Silencio!

TIZÓN ¿Habeis el rumor oido
que de los montes el eco
en cada instante repite?
Es el pueblo, ¡el pobre pueblo!
¡que alborozado á ver corre (Amargura)
de Pamplona los festejos!
Cual vosotros imagina
que vencido el extranjero
y aclamado rey García
una patria al fin tenemos.
¿No lo pensáis así todos?

UNOS Todos.

OTROS Todos.

TIZÓN Pues no es cierto.
(Con reconcentrado dolor.)
¡Aun no hay Navarra, aun no hay patria!
¿Recordáis que por acuerdo

de los infanzones todos
fuí á Burgos há poco tiempo
en demanda de una infanta
para el rey en casamiento?
Pues por Alfonso otorgada
su hija Urraca, cuando llego
á García con tal nueva
me dice con torvo ceño:
«La has pedido para el rey
»y yo ser tu rey no puedo,
»si de manos de Rotrón
»no tomo corona y cetro.»
En tanto el mismo Guillén
prefiere sufrir un cerco
á dar á don Gil su hija.
¿No véis, varones, en esto,
que trata elevarla al trono
nuestra patria deshaciendo?
Porque rey que al de Castilla
ofenda, tendrá por reino
el campo donde batalle
por trono el corcel guerrero,
por corona el férreo casco
y el rudo lanzón por cetro.

ABAD — ¿Y aunque así don Guillén sueñe,
quién te ha dicho que á su sueño
se avenga Garci-Ramírez?
(Con frialdad estudiada.)

TIZÓN — A voces lo está diciendo (Con fuego.)
lo que ocurre. ¿En dónde se halla
García en este momento?
En la hueste no, que apenas
lanzó más allá del Ebro,
á Atarés, dos días hace
dejóla con gran misterio.
A Pamplona no ha llegado
á pesar de haber dispuesto
coronarse allí esta aurora.
¿Qué mucho, pues, si sospecho
que en el hogar de Rotrón
ocupa el mejor asiento?

GIL — Tan discretamente hablabas
y con tal cordura y seso,
(Más marcada la embriaguez.)

que al escucharte creía
estarme á mí mismo oyendo.
Más en lo que de ahora alberga
al rey el castillo, yérraslo,
que aun cuando no lo combato
tan bien cercado lo tengo,
que ni un pájaro entrar puede
en su recinto.

GONZ. (A Castellezuelo fuera de sí.)
(¿Oyes esto?)

GIL A más, aquí lo declaro,
soy nieto de mis abuelos
y Blanca mi dama; y rey,
infanzón, conde ó ingenuo,
que adonde los ojos puse
llegaré, no será á menos
de estocadas hombre á hombre,
cara á cara y cuerpo á cuerpo.

ABAD ¡Conde!...

LANG. (¡Qué valor da el vino!)

GAL. (Y estotro que lo está oyendo.)

CAST. (¡Prudencia!) (Al Rey.)

GIL Y así lo hablo,
porque aunque en los caballeros
no está bien el ufanarse
con favores que debieron
á las damas, en reserva
decir por lo bajo puedo
que algunos de Blanca obtuve.

GONZ. ¡Mientes!
(No pudiéndose contener desde el grupo en que está.)
(Confusión.)

GIL ¿Quién dice que miento?
¡A mí, Langustino!
(Buscándolo tembloroso con la vista por todas partes.)

ABAD (Al Rey.) ¡Tente!

GAL. ¡Ande la danza! (Frotándose las manos.)

TIZÓN ¡Teneos!
(A algunos que han sacado las espadas.)

ABAD ¿Cómo es esto, don bellaco?
(Encarándose con Galindo, fingiéndose indignado y llevándole cogido por una oreja al centro de la escena.)
¡Mentís á tal caballero!
Perdonadle, noble conde,

protector y amparo nuestro.
Es el hermano Galindo
que los malos tiene dentro.

GAL. ¡Yo!
(Brinco de sorpresa, pero se encuentra conque Castellezuelo le amenaza con un puñal: se vuelve y el Rey hace lo propio.)

CAST. ¡Calla!

GIL (Reponiéndose) ¡Ah, ya! ¡Es el hermano!
¡Sujétame, que estoy ciego! (A Langustino.)
Si me hubiera dicho: faltas
á la verdad... lo comprendo;
¡pero mientes... á mí mientes!

ABAD Por él habló ese perverso (Muy compungido.)
enemigo de los hombres
que há días lleva en el cuerpo.

GAL. Habló el... diablo y dijo mú.

ABAD Mas le pasará el acceso
á fuerza de disciplinas,
que este es siempre su remedio.

GAL. (¡Gran justicia!—Chilló el Rey.
pues zurriagazos al lego.) (Vase.)

GIL Si la plebe no asistiera...
(Con menosprecio al Abad.)
jamás á nuestros concejos..

TIZÓN ¡Eso no, Conde! En Navarra
el pueblo tiene derecho
de oir lo que al pueblo importa,
y siempre reconociéndolo
se han arrancado las puertas
de los palacios ó templos
donde las Cortes se juntan.
—Mas no perdamos el tiempo.—
Hijos y herederos somos
de aquellos hombres excelsos
que allá en Borunda fundaron
del Sobrarbe el noble reino.
Los en tal cuna mecidos
¿es justo que soportemos
que bien la ambición de un conde,
bien el sandio amante afecto
de un rey, deshaga en un día
lo que valientes aquellos
con anchos ríos de sangre

en tantos años hicieron?
¡No por el mártir de Amiens!

TODOS ¡No!

GIL ¡No; por el rito nuevo!

TIZON. Es preciso que esta noche
el obstáculo interpuesto
entre la paz y García
quede por siempre deshecho;
que don Gil case con Blanca
esta noche.

GIL Y á más de eso
que en dote traiga á Tudela.
—Escribe.—(A Langustino.)

CAST. Calma.

GONZ. (Dominándose á duras penas.) ¡La tengo!

TIZON. La astucia nos valga, hermanos.
El Abad ir debe presto
al castillo de Rotrón,
y anunciarle que tan luego
como la aurora sonría,
de sangre y botín sedientos
al asalto se disponen
del Conde los mesnaderos.
Para que Blanca se salve
propondrále al monasterio
conducirla, de su honra
y su vida respondiendo.
Accederá á la propuesta
Guillén, por librar del riesgo
á la que más que á sí quiere,
y una vez en poder nuestro
Blanca, de grado ó por fuerza,
con don Gil la casaremos.

GIL. Y libre así don García
no opondrá obstáculo serio
á casarse con Urraca.

TIZON. Partid, pues.

ABAD No sé si debo...
(Interrogando al rey con la mirada.)

TIZON. ¿Cómo, padre, rehusais?

GIL ¿Rehusais? (Escandalizado.)

GONZ. (¡Acepta!)

ABAD Acepto.

TIZON. Gracias de la patria en nombre.

—Buen Conde, dale tu sello
para que pasar le dejen,
con algunos de su séquito,
de Rotrón hasta el castillo
tus lanzas y ballesteros.

GIL. Dóisela á mi fiel cronista,
que de guía irá sirviéndolo; (Le da el anillo.)
y á prevenir á los míos
de cuanto sucede vuelo.
—Padre, mientras elocuente
convenceis vos á mi suegro,
yo haré que de mi laud
lleguen á Blanca los ecos;
que en estas noches de tregua
más de una trova en son tierno
entoné cabe el rastrillo
y ó los ojos me mintieron,
ó á oirla salió una dama
á las almenas de pechos.
Mas adiós, que estoy narrando
arcanos de amor risueños,
y comprometer pudiera
mi alta fama de discreto.
(Vase seguido de algunos.)

TIZON. Ahora, hermanos, á Pamplona
á tranquilizar al pueblo.
—Adiós, padre, y Él os guíe.
¡A Pamplona, compañeros!
(La orquesta recuerda muy piano algunas notas del canto de la conjuración del primer acto: vanse por la derecha. Castellezuelo se dirige á Langustino con precaución; el Abad, observa impaciente al rey; éste los ve salir, inmóvil. Cuando han desaparecido, arroja la cogulla, dirigiéndose al sitio por donde se fueron, ciego de ira y Castellezuelo la recoge.)

ESCENA V

GONZALO, el ABAD, CASTELLEZUELO, LANGUSTINO

GONZ. ¡Traidores!
LANG. ¡El rey! (Aterrado al verlo.)
GONZ. ¿Qué rey?

(Volviéndose rápidamente hacia él fuera de sí.)
¡Por el mártir de Loarre!...
¡El huracán soy, que barre
cuanto se opone á su ley!

ABAD Señor, recobrad la calma.

GONZ. Buen monje... ir á orar procura
porque acabe esta ventura
¡en qué me van vida y alma!

ABAD Pero...

GONZ. (Colérico.) Respeta mis fallos
é implora el favor divino.
(El Abad baja la cabeza y se va.)
—Castellezuelo, al molino,
que allí esperan los caballos. (Mucho brío.)
Corramos suelta la brida;
y tú... cronista de embustes,
no más tiembles ni te asustes,
¡ven, si es que estimas la vida!
(Arrastrándolo tras sí.)

CAST. ¡Calla! Ese canto...
(Jota en la orquesta, y pueblo lejano que canta.)

GONZ. (Entusiasmo.) El aumenta
la esperanza á que me agarro.
¡Es mi buen pueblo navarro (Muy sentido.)
que así á la lucha me alienta!
—¡Blanca, ven en mi socorro,
que encadenado á tu fe,
una corona empeñé
y á desempeñarla corro!
¡Nave de mi anhelo! ¡orza!
¡que con tu amor por adarbe
reina te haré de Sobrarbe,
de Borunda y Ribagorza!
(Vase rápidamente seguido de Langustino y Castellezuelo, que le indica, puñal en mano, el camino.—Sigue la jota en la orquesta, y el canto popular se va acercando.—Cambia la decoración y éste se apiana instantáneamente.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Exterior del arruinado castillo de Guillén Rotrón.—A la izquierda un torreón saliente, del cual pende una escala que se apoya en un muro semicircular que rodea al torreón.—Antepecho almenado, derruído en parte, que corre desde el proscenio de la derecha al muro de la izquierda, que sirve también de dique á las aguas que inundan la escena, dejando sólo un ribazo practicable en el fondo derecha.—Luna clarísima, que riela en las aguas, en la que se proyectan los árboles y plantas de las orillas, como también los grandes nubarrones que van desapareciendo.

ESCENA VI

BLANCA, MELENDO, DON GUILLÉN. Blanca aparece en el voladizo del torreón de la izquierda, con los ojos fijos en la luna. Melendo sentado al pie de la escala, ballesta en mano, y observando fijamente hacia la derecha con el arco armado. Guillén, de pie, frente al público, observando á su hija, cruzado de brazos, oculto á su vista por el saliente del talud del torreón. Sigue la música y el canto muy lejano del pueblo. Un rayo de luna ilumina la figura de Blanca, dejando en sombra la de Rotrón

BLANCA ¡Astro apacible de la dulce noche,
luciérnaga esplendente de los cielos,
faro de caminantes y afligidos,
pálida luna,

—

si adonde está el amor de mis amores
el blando influjo de tus rayos llega,
llévale envuelta en ellos esta ardiente
lágrima mía!

—

(Quédase inmóvil y sin ver lo que á sus pies pasa.)

GUILLÉN ¡Melendo! (Llamándolo casi con el aliento.)

MEL. ¿Señor, tú aquí?
(Bajo al ver que Guillén le indica silencio.)
Estar debieras durmiendo.

GUILLÉN ¿Dormir sin honra, Melendo?
(Con reconcentrada y amarga desesperación.)
—¡Mírala, mírala ahí!...
MEL. Si á esta luz la ve un viajero,
creerála desde la plana
piedra á que dió forma humana
un hábil imaginero.
GUILLEN ¡Pluguiera á Dios que lo fuera!
¡Pero ese pecho respira
y esa vista helada mira,
y mira porque ¡aún! le espera!
(Desesperación)
¡Ahí noche y día la ingrata
le aguarda llena de fe,
y yo ¡cobarde! no sé
cómo un padre á su hija mata!
MEL. ¿Matarla tú? ¡qué has de hacer
viviendo yo!
GUILLÉN ¡Tú!
MEL. ¡Pues vaya!
—Mas vete, que el alba raya
y reposo has menester.
GUILLÉN Está el alma tan despierta
que el cuerpo no dormiría.
—A relevarte venía,
que aun tienes la herida abierta.
MEL. Cerránrola, aunque tan grave,
ya, los dedos bendecidos
de ese ángel de los heridos, (Por Blanca.)
que tanto de yerbas sabe.
Y pues tal hizo por mí,
quiero que sin más palabras
brazos de padre la abras
y eso quitemos de ahí. (Por la escala.)
GUILLÉN No puedo.
MEL. ¿No has de poder?
GUILLÉN ¿Quitar esa escala? No.
¿Abrirle los brazos yo?
¡Para ahogarla, puede ser!
MEL. Mas la escala en su memoria
refresca un recuerdo fiero.
GUILLÉN Pues eso busco; eso quiero.
Oye, Melendo, una historia.

—

—Marfilda creció sin madre,
pero el padre que tenía
la quería, la quería...
¡vamos, como quiere un padre!
Era Gilberto bretón,
y aunque esto haga poco al caso,
si de haber andaba escaso
sobrábale algún blasón.
Mas él nada ambicionaba,
que, como la clara luna
se mira en esa laguna,
en Marfila se miraba...
y en ella su mente fija,
diera el mundo y otro tanto
por el beso puro y santo
de su pura y santa hija.
Venturoso así, hadas malas
cabe su hogar se sentaron
y quedo á Marfilda hablaron
de trovas, fiestas y galas...
y la estrella del bretón
rindió un día su pureza
ante el fausto y la riqueza
de un conde de su región.
¡Más feliz que yo aquel noble
un hacha vieja levanta,
y del conde en la garganta,
como en el tronco de un roble,
hundiéndola con presteza,
sin dejar que á Cristo llame,
á cercen corta la infame
mal pensadora cabeza!
—¡Del rudo ejemplar, testigo
Marfilda que lo miraba,
ya el blanco cuello inclinaba
esperando igual castigo...
Mas cuando Gilberto, ufano,
creyó dar fin á otra vida,
el hacha, mal sostenida,
se le escapó de la mano,
que la que iba á ejecutar
el fallo de sus enojos,
que acudir tuvo á los ojos
una lágrima á enjugar!

—Pues bien; el padre menguado
y débil de quien me ocupo,
que á su hija matar no supo,
por la vergüenza inspirado,
sintióse de pronto fuerte,
y en interno horrible juicio
condenóla á otro suplicio
junto al cual nada es la muerte.
—Cuando á comer se sentaba
Marfilda, todos los días,
entre armargas agonías,
dentro de su plato hallaba,
en recuerdo del error,
causa de tantas querellas,
algunas joyas de aquellas
que debió á su seductor.
Y el alma, en el que vertía
al mirarlas llanto ardiente,
lentamente, lentamente
del cuerpo se le salía.
—¡Yo soy Gilberto el bretón;
Blanca, Marfilda; las joyas,
esa escala en que te apoyas,
y el plato ese torreón!

MEL. Pero esa fué delincuente,
y esta hermosa flor de Mayo
es aun más pura que el rayo
que baña su limpia frente.
Pero aquel padre que dices
dió al villano un golpe cierto,
y nosotros no hemos muerto
al que nos hace infelices.
Su nombre inquiere y después
sacia en él tus iras fieras.

GUILLÉN ¡Oh! ¡si tú quién es supieras!

MEL. ¿Luego tú sabes quién es?

(La orquesta recuerda muy piano el canto de Rotrón en el terceto del acto segundo, de la frase «De Melendo es Gonzalo asesino», etc.—Cuerda.)

GUILLÉN ¡Yo!...

MEL. ¿Lo sabes? (Con mucha energía.)

GUILLÉN Yo.

MEL. Sí, sí.
Lo veo en como respondes.

¡Es que á mi puñal lo escondes
y lo guardas para tí!
Lo comprendo; pero mira:
este tu viejo castillo
tiene ya más de un portillo;
la tregua esta noche espira.
Corta tu hueste y cansada,
la enemiga grande y fuerte,
no es ya dudosa la suerte
que Dios nos tiene guardada.
¡García se está en Pamplona (Amargura.)
sin curar que estás deshecho,
y ese pueblo que tú has hecho
canta y ríe y te abandona!
Hoy, que aun vivimos los dos,
de tu ofensor dueño eres;
mas por si mañana mueres,
dime su nombre, por Dios,
que yo seré su verdugo
si aliento, do quier lo hallare,
aunque en el altar se ampare
de nuestra madre del Yugo!

ESCENA VI

DICHOS, VASCO en el ribazo del fondo saliendo de entre los juncos y malezas

GUILLEN Gracias. (Estrechándole la mano.)
BLANCA (¡Torna á mí, esperanza!)
VASCO ¡Melendo! (Llamándole con muy poca voz.)
GUILLEN ¿Quién?
VASCO Vasco soy,
señor, que de escucha estoy.
¡Sus! ¡que el enemigo avanza!
MEL. ¡Ya!...
VASCO Desde distancia corta
observando el campamento
he notado el movimiento.
GUILLEN No importa, amigos, no importa.
Maderos tengo y resinas
en torres, patio y rastrillo
con que incendiar el castillo

y envolverme en sus ruinas.
¡Que vengan esos valientes,
y verán en la jornada
que la fiera acorralada
aun tiene garras y dientes!

MEL. ¡Corre, á tu gente despierta
y Dios nos de su socorro!

GUILLEN A dar el alarma corro.
¡Centinela, alerta!

CENT. (Dentro.) ¡Alerta!
(Sigue corriéndose la voz hasta que se pierde á lo lejos.)

GUILLEN Blanca, por tí estoy así,
(Blanca se estremece al oir á su padre y queda de pie.)
y aunque en ello me denigro,
ante el cercano peligro
tiemblo de miedo por tí. (Vase por el recinto.)

VASCO Uno avanza.

MEL. El tiro apresta.

VASCO Que el cielo se apiade de él. (Vasco apunta.)

BLANCA ¿Qué miro, Dios de Israel!
¡Vasco, al suelo esa ballesta!
(Música en la orquesta.)

BLANCA ¡Es él!

VASCO ¡A su encuentro corro!

BLANCA Corre, vuela, Vasco honrado,
y condúcele á mi lado. (Desaparece Vasco.)

MEL. ¡Dios viene en nuestro socorro! (Alborozado.)

BLANCA ¿Adónde vas?

MEL. A avisar
á tu padre esta ventura.

BLANCA ¡Tente! No hagas tal locura. (Todo á media voz.)
Antes es fuerza evitar
que á nuestro Gonzalo vea.

MEL. ¿Mas por qué tal se ha de hacer?

BLANCA Porque su sangre beber
es lo solo que desea.
(Con suma energía, pero casi con el aliento inclinando el cuerpo sobre el adarbe para que oiga Melendo.)

MEL. ¡El!

BLANCA ¡Detenle, por Dios vivo!
que si á verle llega aquí
le mata y me mata á mí.

MEL. ¿Pero no es su hijo adoptivo?

¿No es el que á su hogar sentó?
¿el rey y señor que tiene?
¿el que á libertanos viene?

BLANCA ¡No, mi buen Melendo, no!
Es de su honor el tirano;
el que causa su querella;
es el que en la noche aquella
tu sangre imprimió en su mano.

MEL. ¡Conque es ese! ¡Por quien soy!...

BLANCA ¡Detende, por Dios eterno!

MEL. Su furia toda el infierno
aquí desata.—¡Voy!... ¡voy!...
(Vase precipitadamente.)

ESCENA VIII

GONZALO, BLANCA

Música

BLANCA ¡Ah! que de gozo y pena
el alma está tan llena
que el llanto me la arranca
y en lágrimas la exhalo
alegre y con dolor.

—

GONZ. ¡Blanca! ¡Blanca! (Saliendo.)

BLANCA ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!
¿Qué digo?—¡Señor!

GONZ. ¿Yo tu señor!

—

Soy el herido caballero,
que á tus cuidados debió el sanar.
Soy de Subiza el molinero
que te arrullaba con su cantar.

—

BLANCA Llega, mi amante caballero,
que el pecho al verte quiere saltar.
Ven, de Subiza el molinero,
que aun me enloqueces con tu cantar.

—

(Gonzalo comienza á subir por la escala durante el canto de Blanca y al terminar ésta se encontrará ya casi á la misma altura que ella. Mucha pasión y delicadeza en el recuerdo musical con que termina esta escena.)

GONZ. Rosa de abril,
cándida flor,
ven, niña gentil,
á calmar mi ardor.

BLANCA Fuego voraz,
quema mi sien.
Ven, ángel de paz,
ven, mi niña, ven.

—

GONZ. Si ante su ardor
me hago de miel...

BLANCA Con todo su amor
mosca será él.

GONZ. Ven, niña divina,
mi pena á calmar.

BLANCA Metida en harina
no quiero quedar.

LOS DOS ¡Ah!...
Ven mi pena á calmar, etc.

ESCENA IX

DICHOS, GUILLEN, saliendo por la izquierda, y al ver el grupo que forman Blanca y Gonzalo

Hablado á la orquesta

GUILLEN (¡Qué miro!)
(Durante los últimos acordes de la orquesta.)
¡Yo deliro!
¡Oh! ¡qué visión cruel!
No, no deliro ¡es él!
Dios me le trae, Dios me le envia,
Dios esa víctima quiere inmolar!
¡Hiere puñal! (Sacándolo con ferocidad.)

—

(Sigue la música. Gonzalo contempla extasiado á Blanca, que embelesada lo mira. Rotrón avanza hacia la escala en que está Gonzalo procurando no ser visto.)
¡No me ve! ¿Qué me detiene?
(Queriendo trepar por la escala y como luchando consigo mismo.)
¡Mi claro honor que me amarra!
(Retrocede horrorizado de lo que iba á ejecutar y dice con gran brío desde el opuesto extremo.)
¡Alerta, rey de Navarra,
que un noble á matarte viene!

BLANCA ¡Ah!

GONZ. ¡Rotrón!

GUILLEN ¡Rotrón que amidos
ó de grado su haber salda,
mas no hiere por la espalda
que en Navarra no hay Bellidos!

GONZ. Rey soy.

GUILLEN Por tal no te tengo.

GONZ. ¿No? (Bajando fuera de sí algunos peldaños.)

GUILLEN Por mí á serlo llegaste;
mas la corona empeñaste.

GONZ. A desempeñarla vengo.

GUILLEN ¿Cómo? (Con terrible sarcasmo.)

GONZ. Como la ley fija. (En el primer peldaño.)
¡Pagando!

GUILLEN ¿Y con qué dinero?

GONZ. ¡Yo otra corona no quiero
que los brazos de tu hija!

BLANCA ¡Gonzalo!

GUILLEN ¿No es un ardid?
(Sin acabar de creerlo y después de ensanchar el pecho.)

GONZ. ¿Usa ardides quien bien ama?

GUILLEN ¡Hija, alienta: luce, fama!
¡Arriba, nieto del Cid!
Esa escala por un muro
mi claro honor vió caer,
por ella debe ascender
más que nunca limpio y puro.
Y á tu abuelo, que Dios goza,
honrará tu descendencia,
que si él rescató á Valencia
¡yo recobré á Zaragoza!

BLANCA ¡Silencio! ¡Que en el juncal (Sigue la orquesta.)
y cabe la antigua alberca
gente miro que se acerca.

GONZ. No temas: á una señal
de esta trompa, mis soldados
(La de caza que lleva al cuello.)
llegarán llenos de fe,
que algunos buenos dejé
en la maleza emboscados.

GUILLEN Y añade que estoy aquí (Con juvenil entereza.)
y que el honor presta vida.
¡Ay, honra mía querida,
(Con explosión de sentimiento.)
qué mal me hallaba sin tí!

Canto

UNA VOZ (Dentro.)
Navarra tiene ya rey
y pronto reina tendrá
que la infanta de Castilla
viene de camino ya.

—

(Gonzalo, que iba á volver á subir, se aparta del torreón, confundido.)

BLANCA ¿Qué dice?
GONZ. ¿Qué importa?
GUILLEN ¿Qué ha dicho esa voz?
GONZ. Un pacto recuerda
que el rey no firmó.
GUILLEN Los nobles lo hicieron...
GONZ. A dolo y traición.
BLANCA ¡Ay, padre!
GONZ. ¡Mi Blanca!
GUILLEN ¡Horrible dolor!
BLANCA y GUILLEN ¡Oh! ..

—

GUILLEN En Blanca no puede
lograrse tu amor
que pierdo á mi patria
si salvo mi honor.

—

¡Ay, patria, patria mía,
sálvate y caiga yo!

—

BLANCA Si exige la patria
mi muerte y baldón,
mi padre me inmola
é inmola su honor.

—

¡Ay, patria, patria mía,
no tanto exijas, no!

—

GONZ. Si el trono que gano
me cuesta tu amor,
al trono renuncio,
mi bien, sin dolor.

—

¡Ay, patria, patria mía,
no tanto exijas, no!

—

CORO Navarra tiene ya rey (Dentro.)
y pronto reina tendrá,
que la infanta de Castilla
viene de camino ya.

ESCENA X

DICHOS, DON GIL, VASCO, hombres de armas

Hablado

GONZ. ¡Si el pueblo, rey busca artero,
no le daré yo mi ley
que tengo en más que ser rey
seguir siendo caballero!

GUILLEN y BLANCA
¡Oh!... (Blanca de agradecimiento, Guillen de an
gura)

GIL Templa el laud.
(A un paje que le sigue al aparecer en el ribazo del fondo.)
GONZ. (A Blanca y Guillen.) Callad. (Toca la trompa.)
GIL ¿Qué es esto?
(Le sujetan algunos hombres de armas.)
GONZ. ¡Calla, insensato!
—Asid de ese mentecato
y llevadlo á la ciudad;
que en castigo á sus traiciones,
á su doblez y mudanza...
quiero... que baile en la danza
(Como buscando lo más denigrante.)
de enanos y gigantones.
(Hace una señal y se lo llevan. El lucha en vano.)
—Así festeja Pamplona,
(A Blanca con dulzura.)
según añeja costumbre,
del sol á la clara lumbre
á todo rey que corona...
Y así... si me acude Dios,
y en mi empresa airoso salgo,
su pueblo altivo é hidalgo
hoy festejará á los dos;
que ó por tí pendones iza,
ó yo—firme en mi querer—
torno por tu amor á ser
molinero de Sabiza!
BLANCA ¡Gonzalo!
GUILLEN ¡Yo tu favor (Cayendo de rodillas.)
para él, Santo Dios, impetro!
GONZ. ¡No hay trono, corona ó cetro
que valga lo que tu amor!
(Gonzalo sube por la escala y Blanca rodea con sus brazos su cuello. Gonzalo se apoya en el adarbe del torreón y la contempla extasiado. Guillén sigue en actitud de orar. Vuelve á oirse la jota y la copla con que empezó el acto. Van levantándose vapores que á poco se convierten en una nube que cubre lentamente le decoración y sigue elevándose sin parar ni un momento. Al empezar á separarse del tablado se oye un repique de campanas

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Plaza de la Catedral de Pamplona, adornada brillantemente para la coronación. Un riquísimo toldo cubre los primeros términos. Un solio á la izquierda. A la derecha la tribuna ó púlpito del evangelio de riquísimos mármoles y forma bizantina, como casi todos los edificios. Arcos de triunfo, de flores y ramas. Banderas, gallardetes y colgaduras de telas orientales y tapices que revisten y adornan los muros. A la derecha y al fondo la puerta principal de la Catedral, cuyo interior se ve profusamente iluminado. Un sol vivísimo alumbra el cuadro á través de los toldos. Una muchedumbre inmensa inunda la plaza y las calles que á ella dan y corona todos los edificios.

ESCENA XI

TIZON, INFANZONES, PUEBLO y GENTE de iglesia, etc., etc.; después GONZALO y CASTELLEZUELO, luego BLANCA, GUILLEN, MELENDO, el OBISPO, DON GIL, VASCO y HOMBRES de armas por último

Música

(La jota en todo su desarrollo.—Baile.—Sale la cuadrilla de enanos y gigantes, que de una manera grotesca toma parte en la tradicional danza de niños. Gran algazara en el pueblo al ver las carantamaulas de éstos, que serán caricaturas grotescas de moros y viejas descomunales. Tizón y los nobles impacientes y pesarosos van y vienen de un lado á otro durante el canto y baile llenos de zozobra é inquietud.)

PUEBLO

Pues García está aquí,
que preludie leal
la guitarra
una jota navarra
por marcha real.

—

Alza, niña, ese pie
y disponte á danzar,

que este día
ver debe García
tu garbo y tu sal.

—

Por un piececito que ví
de una calentura enfermé,
si el rey le mirara lucir
enfermo cayerá también.

—

¡Ay, Sarazal,
flor de la sierra!
¡bendita tierra!
¡qué mozas das!
¡Ay, sí;
lindo pie!
¡Ay, ay de mí,
si el rey te ve!

Hablado

TIZÓN Y en tanto que así se entrega
(Con desesperación)
loco el pueblo á la alegría,
(A un grupo de los suyos.)
ni el Abad nuevas envía
ni el rey á Pamplona llega!
¿Qué hacer en tal situación?
—La verdad dicta la ley.
—Pueblo navarro, tu rey
(Colocándose en el centro.)
víctima de una pasión
que su voluntad cautiva,
te olvida uncido á su carro.

GONZ. ¡No es cierto, pueblo navarro!
(Abriéndose paso. En traje de corte.)

TIZÓN ¡El aquí!

CAST. (Que ha salido tras el rey.)
¡Viva el rey!

TODOS ¡Viva! (Gran movimiento.)

GONZ. No te olvida quien á amarte
aprendió de tí muy lejos.
Mas tregua da á los festejos
que has de oirme y he de hablarte
—Moribundo, y sin corona
en un lugar escondido,
donde halagaban mi oído
las campanas de Pamplona,
una hembra navarra hallé,
—la primera que veía—
y el amor que te tenía
todo en ella lo cifré.
Era pura como un niño
y noble y altiva y bella;
y á tí, mi pueblo, y á ella,
os confundí en un cariño.
Que en el puro frenesí,
que mi ardiente pecho inflama,
Blanca y pueblo, patria y dama,
¡todo es uno para mí!
Los hidalgos en tu abono
otra esposa me eligieron.
¿Sancionas tú lo que hicieron?
Pues vacante dejo el trono.

PUEBLO ¡No, no!

GONZ. Así te quiero ver,
pueblo mío, ¡así te quiero!
No es buen rey, no es caballero
el que engaña á una mujer.
Quien mis nobles barbas peina
antes las mesa y arranca
que usar el dolo.—Esa es Blanca.
—¡La reina!—

(Señalando á la puerta de la catedral, en donde aparece Blanca Mergelina (ó Margarita), acompañada de Rotrón, que trae la corona en la mano, y el obispo Sancho Rosa. Visten lujosos trajes de corte y ceremonia. Gran entusiasmo.)

PUEBLO Y NOBLES ¡Viva la reina!

GONZ. (Después de conducir por su mano al trono á Blanca.)
Si Castilla no perdona (A los nobles)
de su infanta la mancilla,
sabré enfrenar á Castilla
que al cinto llevo á Tizona.

BLANCA (Sobre las gradas del trono.)
Pueblo, si llego á olvidar
la merced que ahora me hiciste,
tú que al trono me subiste
del trono me harás bajar.
¡Si tu amor olvido un día,
que este mi trono se hunda,
que solo en amor se funda
la sólida monarquía!

GONZ. (¡Perdón, Melendo!)
(Melendo conmovido, dobla la rodilla y le besa la mano.)

GIL (Dentro) ¡Soltad:
(Saliendo seguido de Vasco y hombres de armas.)
que del nuevo soberano
besar ansío la mano
cual cumple á mi dignidad!

GONZ. ¡Soltadle! (Con repugnacia y desprecio)

GIL A aclamarte llego
leal cual mis ascendientes,
lleno de cariño...
(Va á doblar la rodilla al pie del trono)

GONZ. ¡Mientes! (Indignado.)

GIL (Dando un salto atrás.)
(¡Pues este no ha sido el lego!)

GONZ. Según tradición que es ley,
selle el pacto el soberano
abrazando al más anciano.
(De un grupo del pueblo se destaca un anciano, que guiado por un niño y Rotrón, que sale á su encuentro, llega al trono, le hace el Rey subir dos peldaños de la grada, baja otro y lo abraza conmovido.—Vítores y aplausos, etc., etc.)

GUILLEN (Señalando al grupo.)
¡Esto es un pueblo y un rey!
—Anégale, mi señor, (Al rey.)
en ese llanto que viertes.
(Blanca besa la mano al anciano.)
—Pueblo: no hay mas lazos fuertes
que los que forma el amor.

Canto

UNA VOZ (En la Catedral)
Te Deum laudamus,
te Dominum confitemur.
(Organo. El rey se arrodilla y Blanca coloca la corona que ha recibido de su padre sobre la cabeza de Gonzalo. Todos caen de rodillas menos ella. Cuadro. Repique general y cae el telón al repetirse por todos las palabras «Te Deum laudamus.)

FIN

MOTOKES TRANSLATION SOCIETY

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*